

VIII

REFUGIO BIZARRRO

La revista de los hijos de la noche



EL SEMBRADOR

por Ricardo Meyer

REFUGIO BIZARRO VIII



©2026 Refugio Bizarro

Los derechos de los relatos pertenecen a sus respectivos autores.

Ilustración portada: ©2026 Yuke Kabula

Ilustraciones interiores: ©2026 Yuke Kabula

Maquetación: ©2026 Ricardo Meyer y Yuke Kabula

Traducción *El engaño de la eternidad*: ©2026 Alba Martín Nagato

Esta obra está protegida por la licencia Creative Commons CC-BY



INDICE

INDICE	3
¡HAY QUE MATAR AL MAESTRO!.....	4
EL SEMBRADOR.....	6
LOS MISTERIOS SIRVEN PARA OTRA COSA.....	11
LAS CAMPANAS ESTÁN MURIENDO.....	21
UN TRONO VACÍO.....	25
EL ENGAÑO DE LA ETERNIDAD	38
RUINAS BAJO TIERRA.....	41
LAS AVES DE LOS CACTUS	47
LAS CHICAS MÁGICAS.....	56
HORIZONTE PROCEDURAL	61
¿QUÉ FUE DEL CHICO METÁLICO?	69

¡Hay que matar al maestro!

por Yuke Kabula

Una vez más, es un orgullo para mí recibirlos en nuestro refugio, nuestro «Gabinete de la luz lunar», este pequeño rincón en el que los raritos e inadaptados que amamos la ficción extraña tenemos un punto de encuentro. Hoy me gustaría hablar sobre una cuestión que, al ver algunas de las innumerables propuestas que nos hacéis llegar, he sentido conveniente traer a colación... y es que hay que matar al maestro.

Cuando hablo del maestro, en este caso me refiero principalmente a Lovecraft, aunque puede extrapolarse a otros autores de referencia como Sanderson o Martin en el ámbito mainstream o Ligotti en nuestros circuitos underground.

Para el caso concreto de Lovecraft, uno se preguntará: ¿cómo se mata algo que ya está muerto? Podría hacer la broma fácil y citar la frase de La llamada de Cthulhu, de cuya escritura se hace este año el centenario, y anunciar «que no está muerto lo que yace eternamente». Pero siento que será más productivo y aclarar que este asesinato es más bien algo figurado y que el propio Lovecraft ya habría hecho en su día en relación a sus propios referentes, destacando allí a Poe y Dunsany.

La idea de «matar al maestro» no es algo necesariamente novedoso. En realidad estoy haciendo aquí una paráfrasis de la máxima budista-zen «si te encuentras al Buda en el camino, mátalos», atribuida al maestro Linji Yixuan. Aunque esta frase parece sugerir una suerte de magnicidio, su verdadero significado es infinitamente menos sanguinario, y es que lo que trata de decir es que, en el camino a la iluminación, uno debe superar el dogma y las enseñanzas de los maestros para poder avanzar hacia una verdad de carácter más íntimo. Esta misma idea fue asimilada y divulgada por uno de los «deicidas» más famosos de occidente, Friedrich Nietzsche. Y no lo digo solo por su «Dios ha muerto, yo lo he matado», aunque vaya indudablemente en esta línea al erigir a Dios como una alegoría de los dogmas y tradiciones arraigados en el pensamiento occidental.

Nietzsche comenzó su carrera intelectual a la sombra del «nihilismo pesimista» de Schopenhauer. Sin embargo, acabaría por percatándose de su incapacidad para comulgar por completo de las ideas de su «maestro», lo cual le motiva para llevar a cabo su «traición» y pasar a abanderar el «nihilismo vitalista» en que la voluntad, vista por Schopenhauer como castigo y sufrimiento, es reivindicada por Nietzsche como una forma de reafirmación del individuo frente al mundo. El propio Nietzsche acabará recogiendo por escrito su postura con respecto a la figura del maestro, haciendo que su Zaratustra inste a sus alumnos a renegar de él como si fuese un vulgar charlatán y a emprender su propio camino para encontrarse a sí mismos.

Y diréis «maestro Yuke (nótese aquí la broma), ¿qué tiene esto que ver con la escritura?» Y os diré «todo». He apreciado (y no solo es un mal de la juventud) que una gran masa de autores es incapaz de distanciarse de sus referentes. Todos aprendemos por imitación: muchos empezamos emulando a Lovecraft, del mismo modo que, como ya he mencionado, Lovecraft en su día reprodujo los patrones de escritura de sus propios «maestros». Y, sin embargo, Lovecraft no se habría convertido en el gran maestro del Horror Cósmico si no se hubiese distanciado de sus referentes para perseguir su propia estética. Hubiese permanecido eternamente a la sombra de sus ídolos y, muy posiblemente, quedado en el anonimato.

Es por eso que hay que traicionar al maestro. Hay que asesinarlo y masacrarlo. Honrar lo que hemos aprendido de él, sí. Pero, al mismo tiempo, hay que ser capaces de crear algo nuevo. Algo diferente, algo que hubiera sido imposible de crear por él. Porque Lovecraft es Lovecraft y tú eres tú. Y tú nunca podrás ser Lovecraft, pero puedes ser algo que Lovecraft tampoco será jamás: tú mismo. Así que, ¡toma tu pluma y descubre esa estética que tan solo te pertenece a ti! Y, si te encuentras al maestro en el camino... mátalos.





* * *

La primera vez que soñé con él fue durante una noche febril, un par de días antes de nuestra llegada al cruce de Los Andes. Precisamente me había quedado dormido leyendo sobre aquel *Libro de las Sombras* que Gerald Gardner, padre de la Wicca, decía se encontraba oculto en una montaña que no podía ser otra que la cordillera andina. Supuestamente conducía a reinos subterráneos, olvidados, quizá al mismo Averno. En el sueño, aquel hombre tenía una apariencia austera, vestía con harapos y lucía un curioso sombrero de paja. Su rostro y manos parecían demacrados y, debido a la oscuridad, no podía distinguir bien sus rasgos. Curiosamente, parecía portar en su mano un *bolline*, una suerte de hoz pequeña que es además usada como vara mágica en la Wicca.

—Ey —decía Katherine mientras me daba un beso en el cuello— despierta, despierta.

Aturdido, quizá por el sueño, la aparté sintiendo cierto asco. Me llevé las manos a la cara y pregunté:

—¿Qué hora es?

—Debe ser mediodía —Katherine jugaba con sus uñas— ¿ya descifraste lo que te dijo el Dr. Hans Schwarz?

Suspiré.

—No hay nada que descifrar, Katherine. No es un texto esotérico ni nada de eso, simplemente se trata de un informe...

—¡Pero el Dr. Hans Schwarz es un brujo! —exclamó Katherine— dicen que no es un humano, incluso.

Hizo una pausa.

—Pero bueeeeeno —dijo mientras estiraba su mano hacia mi pantalón— ¿no quieres relajarte? ¿un mañanero?

—No tengo tiempo para esas mierdas, Kathy —la aparté de golpe, abrí la puerta del auto y me dispuse a tomar aire.

—Es eso o que ya no se te levanta con tanta falopa como te metes... —dijo Katherine, molesta, apoyando su cabeza contra la ventana del vehículo.

Llegamos anoche al cruce de Los Andes. Nos hemos quedado durmiendo en el auto y uno de nuestros amigos, el conductor, un chico llamado Esteban al que Katherine conoció en un taller de Reiki, había dicho que había soñado con el lugar donde se encontraba el Libro de las Sombras de Gardner y que debía partir de inmediato. Yo insistí que debíamos ceñirnos al documento que nos dio el Dr. Hans Schwarz, pero esta gentuza no entiende de pruebas racionales. Están cegados por una suerte de superstición romantizada.

El Dr. Hans Schwarz es un reputado científico, no sé mucho de él más allá de que está involucrado con las investigaciones de la asociación «MORGANA por el progreso de la humanidad» y, por ende, con ese culto ruso o ucraniano al que llaman «Mordred». Aunque parecía sisear y tenía ciertos problemas al gesticular, hablaba un español perfecto, supongo que por la experiencia que confiere la edad. Lo que más destacaban eran sus ojos, pero también su porte, que parecía tanto el de un caballero alemán como el de un científico de la GESTAPO.

Lo conocí en una de estas tertulias que mi padre, Eduardo Spencer-Leyton, solía organizar en La Dalila Amarilla, invitando a personas de interés para los distintos proyectos empresariales en los que se embarca. Yo me encontraba bebiendo una copa de champán, hastiado, cuando el Dr. Hans Schwarz se acercó a mí, con un semblante casi robótico y sujetando una copa con un gesto tan rígido y antinatural que llegaba a inspirar cierto terror.

—¿No te sientes a gusto? —preguntó— ¿No te gusta tu vida? Cualquier otro niño, como estos de los arrabales, se sentiría a gusto con todo lo que tú tienes.

Le di un sorbo a la copa.

—No me agrada esta vida —refunfuñé—. Al menos, no así.

El Dr Hans Schwarz sonrió.

—Tu padre me dijo que estudias teología en la Universidad Católica de Chile, ¿eres católico? —preguntó— bueno, da igual, supongo que has oído de la Trinidad.

—¿Se refiere al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

Negó con la cabeza.

—Sueño, Vida y Muerte. la Vida te ha forjado un camino en base a tus sueños que te conducirán a la Muerte. Quizá también a Sueños más ambiciosos, pero lo que es seguro es que tu Vida seguirá.

Fui incapaz de comprender su insinuación.

—Si tienes dudas, puedes contactarme mediante esta tarjeta —dijo, mostrándola como haría un mago que se saca una carta de debajo de la manga; la tarjeta ponía.

DR HANS SCHWARZ

Centro Internacional para el Estudio de la Taumatología Unificada

FAX: [REDACTED]

Los meses pasaron y conocí a Katherine, que estaba interesada en la brujería y la Wicca, así como en otros asuntos esotéricos. Luego, en un paseo en el Cajón del Maipo donde probaría la ayahuasca, conocí a Esteban. Poco a poco, mi vida fue cambiando, tomando sentido. Quizá hasta hallé un propósito en estas nuevas creencias que iba descubriendo. Sentí la necesidad de contactar al Herr Doctor y, al hacerlo, se mostró muy satisfecho con mi trabajo, mostrándose abierto a orientarme sobre el *Libro de las Sombras*. Según Gerald Gardner, es el auténtico por encima de todos los demás, y se encuentra en Los Andes.

No volví a ver al Dr. Hans Schwarz, pero hizo llegar un documento a mi nombre a la oficina postal de Correos de Chile. Era un sobre de papel sencillo, no lo abrí en ese momento, sino que lo guardé hasta estar con Katherine y Esteban. Ya sabía bien de lo que iba a tratar.

—¡Es magia! ¡esto es magia! —exclamó Katherine, besándome con efusividad— ¿Dónde lo conseguiste? ¿te lo dio el brujo ese?

Tanto Esteban como Katherine analizaban el documento fascinados, pero me resultaba curioso que parecían nunca llegar a un consenso sobre lo que ahí había. Yo tampoco lo comprendí del todo, ya que gran parte de lo que contenía estaba redactado en un lenguaje críptico, y todo apuntaba a algo llamado Iniciativa AMON. Más allá de eso, lo importante eran las coordenadas que señalaban un punto en el cruce de Los Andes. No hacía falta decir más.

Partimos entonces en la minivan de Esteban. La que más lucía alegre era Katherine, quien llevó cocaína y otros psicotrópicos —como popper— para que el viaje fuera más ameno. La verdad, yo no me quejé, pero quizá me excedí un poco y pasé uno que otro bochorno sexual cuando Katherine, en más de una ocasión, quiso chupármela y, debido a la ingesta de cocaína, no lograba tener una erección. De todas formas, eso no era lo importante, aunque no podía evitar sentirme, en efecto, impotente.

Y aquí estoy ahora, en Los Andes, frente a la cordillera. Esteban había salido anoche guiado por la idea de su sueño y no había regresado. No podía evitar pensar que quizá él también se había excedido con los psicotrópicos. Me volteé y vi que Katherine se había quedado dormida y, sabiendo que nada podría pasarle (aunque tampoco es como si me importase), decidí emprender una ruta: quizá en busca de Esteban, quizá en busca de algo más. No lo sé realmente; simplemente fue un instinto de seguir una dirección entre los diferentes cruces en Los Andes.

En aquel momento tampoco podía quitarme de la cabeza la imagen de aquel hombre alto, de piernas desproporcionadamente largas y con ese sombrero de paja, sujetando la hoz que luego supe por Kathy que llevaba el nombre de *bolline* en la Wicca.

Abstraído, quizá somnoliento, caminé hasta llegar a un cruce en el cual había una suerte de caverna en uno de los montes. A los pies de este se distinguía una pequeña cabaña que parecía deshabitada. Había juncos en gran parte de la tierra frente a ella. Entonces lo vi, saliendo de la cabaña. Alto, risueño... yo sé que reía. Reía, y sus dientes estaban podridos. Llevaba el mismo sombrero de paja que en el sueño, solo que esta vez sujetaba un tridente de campo. Era

demasiado alto y, al inclinarse, casi rompiendo sus harapos, clavó el tridente en la tierra. O eso pensé.

En ese momento se percató de mi presencia, pues se volteó y me dirigió la mirada. No sentí terror; al contrario, me sentía como soñando. No podía distinguir su rostro: era difuso. No sabía si sus cuencas estaban vacías o si tenía ojos negros. Quizá la única certeza era que era verrugoso, o que estaba podrido, así como que tenía algunos mechones grises, como su piel casi muerta.

Pude ver que lanzó el tridente al suelo y se estiró como quien recién se levanta por la mañana, para luego entrar de súbito a la cabaña. En ese momento volví en mí y no pude hacer otra cosa que correr en dirección a ella, atravesando los altos juncos que estaban frente a la construcción. Pero a medida que avanzaba, fui percatándome de lo extraña que era la situación, y de que, además, parecía que ya estaba oscureciendo. La cueva del monte tras la cabaña era más grande de lo que parecía y estaba rodeada de unas flores azules, similares a hortensias, pero diferentes. Sí, muy diferentes.

Cuando llegué a la cabaña estaba agotado; cruzar los juncos fue una tarea ardua. Susp iraba, recomponiendo mis fuerzas. Entonces, ya repuesto, volteé la mirada y el horror me invadió cuando vi que el tridente estaba clavado en el tórax de un cuerpo desnudo y cubierto de barro, salvo por el rostro. El rostro era el de Esteban, pero lucía tranquilo, sonreía, como si estuviera durmiendo.

Entonces comencé a oír movimiento dentro de la cabaña, pero no sentí miedo alguno. La puerta se abrió, y ahí estaba él frente a mí, esta vez con mayor claridad. Alto, vestía una jardinera azul harapienta; su piel era gris y verrugosa. Los únicos cabellos que tenía eran quizá unos mechones grises que le colgaban de la barba. Llevaba ese sombrero de paja, pero finalmente pude concretar que, pese a tener todos los rasgos faciales de un ser humano, no tenía ojos ni cuencas. No es que las cuencas estuvieran vacías: simplemente no existían. Estaba vacío. No tenía ojos ni cuencas como tal.

Comencé a sentir sueño y casi caí de rodillas, pero estirando su largo brazo y señalando la cueva, exclamó:

—¡No! ¡Aún te queda tiempo! —dijo con su voz carrasposa y aguda—. Y debes ayudarme a cosechar el amaranto.

—¿El amaranto? —pregunté, confundido.

—Un manojo... —murmuró—. Un manojo de amaranto, para tu amada. Así el mensaje le llegará.

Lo contemplé, y no sentí miedo alguno. No pude evitar preguntarle:

—¿Quién eres?

—Soy el sembrador. Yo esparzo las semillas de la Vida, que está por sobre mí —dijo, cubriéndose la frente con el sombrero—, y las cosecho. Esa es mi labor. ¿Tú eres un soñador? —meneó la cabeza—. No, no... si fueras un soñador, estarías buscando a mi hermano.

Un silencio, acompañado de un vendaval fuerte pero mudo, invadió el lugar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó—. ¿Te gusta la Vida?

—Venía por... el *Libro de las Sombras*, de Gerald Gardner —le dije—. Se supone que se encuentra en un reino subterráneo acá, en Los Andes... yo...

Comenzó a reír, carrasposo.

—Esas son tonterías... El único *Libro de Sombras* es quizá el que yo tengo, y no es un libro como tal. De todas formas, no te lo puedo dar, pero te garantizo que todos ustedes están ahí.

—¿Todos ustedes? —pregunté.

—Así es —afirmó—. Porque es la única forma en que puedo guiarme para las cosechas. Por ejemplo, tu amigo —dijo, señalando el cuerpo cubierto de barro y sonriente de Esteban—, ya era su hora. Ahora está soñando... o muerto, si prefieres llamarlo así.

Me quedé atónito. Comenzó a caminar y pude verlo sacar el *bolline*.

—¿Llegaste aquí por el alemán? —preguntó—. ¿El soñador de Nueva Baviera?

—No precisamente —dije, confundido—. Sí estoy acá por un alemán, pero no es de Nueva Baviera como tal... es difícil de explicar... ¿a quién te refieres tú?

—¡Bah! ¡No importa! —exclamó—. Ven, ven —dijo, sujetándome con fuerza—. Debes cosechar el amaranto para tu mujer...

Como un padre que guía a su hijo torpe, me hizo caminar por sobre el cuerpo del difunto Esteban. Pude verlo entonces: eran como los juncos, pero con un tono rosáceo. Me guió y, con su *bolline*, pude sacar un manojo.

No recuerdo más de eso. Finalmente, cuando estuve frente a Katherine, ella lucía horrorizada. No la volví a ver, ya que luego de eso llegaron los uniformados. No eran del ejército; no, eso no. Eran mercenarios, de eso estoy seguro. Dijeron que ellos se encargarían. Me arrebataron el amaranto y me llevaron a una suerte de control fronterizo. Fui atendido por enfermeros de todo tipo y, cuando menos lo esperé, ya estaba de regreso en Nueva Baviera y bajo los cuidados de mi padre, Eduardo Spencer-Leyton. No le mencioné nada respecto al Dr. Hans Schwarz, pero desde entonces mi vida no ha sido la misma.

A veces veo al sembrador en sueños. Lo veo emerger de esa cueva y, a veces, pareciera que me guía. En el fondo creo que he comprendido lo que decía el *Herr Doctor*: que la Vida, la Muerte y el Sueño son tres principios que se conjugan entre sí y dependen uno del otro... así como muchos vivos sueñan despiertos y algunos muertos están más vivos que los mismos vivos.

Solo me queda esperar a seguir sumergiéndome en este sueño, hasta que llegue el punto en que no pueda volver y comprenda que no es sueño, sino muerte; y que el sembrador coseche el amaranto que hay en mí, para que pueda ingresar al Hades... donde me espera Esteban, para tachar la lista de quehaceres del *Libro de las Sombras* y seguir contribuyendo a la siembra y cosecha de *El Sembrador*.

LOS MISTERIOS SIRVEN PARA OTRA COSA

por Carlos Ruiz Santiago



¡UN PACTO DEMONIACO! Cuando un extraño de sombrero negro llama a la puerta, David tendrá que decidir cuánto está dispuesto a entregar por cumplir sus sueños...

* * *

David siente la garganta seca y la cabeza a punto de estallarle. Lo supone común, no por ello más soportable, pero sí más esperable. Ha cogido tres vuelos en las últimas veinticuatro horas, en cuyo plazo ha dormido una media de cuatro horas, se ha bebido algo más de cuatro litros de cócteles diversos y le ha dado tiempo a que la efervescencia emocionada del alcohol se le baje y la resaca lo golpee.

Está sentado en una silla cuya estructura de madera se le clava en el culo y claramente alguien va a acabar despedido por ello. También le gustaría despedir al gilipollas que lo ha plantado con esa ropa de fantoche en medio del centro comercial: una chaqueta blanca con textura reptiliana, unos pantalones rojos con cadenas y unos zapatos negros con la punta afilada y metálica. Si no ha matado al encargado de vestuario hundiéndole la guitarra en la base del cráneo ha sido porque le ha dejado llevarse sus gafas de sol, que lo protegen de la insidiosa luz que le apuñala los nervios palpitantes como cables hechos de carne ulcerada tras los ojos. También le ocultan la mirada y lo agradece, porque así no se nota que cada vez le cuesta más mirar a la gente a los ojos.

Ojea frente a él con soslayo. La cola de gente esperando parece interminable y gira tantas veces sobre sí misma que un mareo momentáneo asalta al artista. Una chica se adelanta. Es muy joven y tiene una sonrisa cubierta por un aparato dental. Le coloca uno de sus discos en formato vinilo sobre la mesa mientras balbucea lo mucho que su música significa para ella.

David dice algo que él mismo no entiende y le dedica a media sonrisa mientras agarra el rotulador permanente y mira la portada del disco. Lo ilustra a él sobre una loma en un desierto, con su calavera de bovino y todo. Contrastando el plano hay una pelota de playa pintada de rosa fucsia.

En medio, escrito en una rúbrica sencilla y potente, David Faller. No es su apellido real, obviamente, pero su productor ya en el primer disco le había dicho que si le ponía un apellido inglés su nombre dejaría de sonar tan hispano y tendría una proyección internacional más sencilla. Faller, al principio, le había hecho gracia. No significaba nada, era como algunos de aquellos escritores de bolsilibros de la posguerra que se ponían palabras aleatorias en inglés como nombre para que sus novelas pareciesen más importantes. Faller. ¿Caído? ¿Cayendo? ¿Caedor?

David desechó el pensamiento con un bufido y garabateó una firma. Le devolvió el vinilo a la chica y esta le dedicó una sonrisa tan grande que sintió vergüenza. Aquel es el peor sentimiento al que David se puede enfrentar. Lo retrotrae a momentos desagradables que le impiden disfrutar de nada de esto.

Se levanta y consigue fingir una sonrisa mientras la chica se hace una foto con él. Es muy joven y se siente como un pajarillo desatendido por su madre junto a la figura cuarentona de David. Tampoco le gustan las chicas, especialmente las jóvenes, pues también le recuerdan cosas. En el fondo, todos se lo recuerda.

La chica se marcha con su sonrisa perenne y David vuelve a dejarse caer sobre la silla. Un regusto amargo se le queda en la boca a pesar de la poca reflexión que le dedica a todo lo que le muerde la nuca cuando se queda solo. En el fondo, no le importa lo que pasó aquel día, es más el nerviosismo paranoico de que tal vez alguien también lo recordase, de que lo dijese y todo se desmoronase. Aquella pantomima es vomitiva y artificiosa, sí, pero es suya. ¿Qué hombre querría que lo bajaran de su trono? Después de tanto tiempo, de tanto...

—...sacrificio —completó una voz frente a él, como moco viscoso discurriendo por una garganta.

Cada músculo de David se tensa tanto que nota su propio rostro como una máscara. Tiene la vista clavada en la mesa en la que alguien ha colocado otro de sus discos para firmar.

—Soy un gran admirador —continúa la voz frente a él.

David no lo mira, no lo necesita. La visión de la mano junto al disco es suficiente. Los dedos largos recubiertos de una piel fina y arrugada de tono azulado. Las uñas descascarilladas y ennegrecidas como si fuesen tierra mojada, tumba revuelta. Aquellos anillos de oro y plata con rostros grabados en ellos, con sonrisas petrificadas y tensas, sin decisión sobre qué emoción externalizar. Incluso podía ver el inicio del traje oscuro en la manga que cubría las esqueléticas muñecas.

David levanta la cara un poco, lo justo. No lo suficiente como para mirarle a la cara, sino para visualizar el horizonte y ver si alguien más está viendo lo mismo que él. La infinita cola de gente se halla inmóvil, cientos de cabezas surgiendo a los lados como animalillos, alerta al

silbato de su amo. La misma gente de antes, jóvenes sonrientes y chillones cuyos rictus se fosilizaba en algo seco y quebradizo. Lo observan con ojos pequeños y brillantes, como los de las hienas. De pronto, parece no corre el aire allí adentro.

David se pregunta si son los mismos que hace un momento. Por alguna razón, algo le oprime el gástrico y le hace preguntarse dónde estará la chica delgada del aparato dental, si habrá llegado a la salida y habrá podido volver con sus padres a tiempo.

—Te llevo siguiendo desde el principio de tu carrera.

Aunque los ojos de David siguen clavados en la expectante marabunta de sombras con aspecto humano, sabe a la perfección que el hombre delante de él sonríe mientras dice aquella frase.

* * *

Dieciséis años atrás, y sólo dieciséis desde exactamente ese momento, David no podría reunir cincuenta personas que lo conociesen. En aquel momento, se trataba de un chico joven y ojoso que se doblaba en la silla reclinable tras el mostrador del *hostel* en el que trabajaba.

Se trataba de un lugar medianamente aséptico de paredes blancas y cuadros comprados en Ikea que siempre olía a comida no demasiado bien preparada. Todavía notaba los brazos arrugados de haber tenido que estar un buen rato desatascando en lavaplatos de la cocina comunal mientras los extranjeros hasta el culo de la peor sangría se reían. No había sido tan mala tarde, usando un poco de agravio comparativo.

Ahora, masticaba un palillo mientras le daba vueltas al teléfono móvil. Le hubiera gustado decir que estaba repasando partituras o esperando alguna llamada prometedora de su agente, pero tampoco se podía permitir el fardar de tener una esperanza. Había tocado en algún micro abierto, en algún bar de conocidos y un par de veces en un grupo tributo. Aquello último quizás había sido su mayor logro, del que guardaría cierto orgullo de no ser porque metió la pata en la poza de mierda hasta lo más recóndito de la rótula cuando se equivocó afinando la guitarra y tuvo que aguantar el tirón del concierto entero sin poder sonar como él quería.

Lo peor de todo es que tenía la sensación de que, si lo pedía, seguramente volverían a dejarle tocar con ellos sin mucha dificultad. No lo había hecho, no por orgullo sino por pura ansiedad. Había veces que todo se le acumulaba en la garganta y hasta la más mínima gota de agua parecía hacer desbordar el vaso y partirlo en pedazos. Un mensaje cuando no tocaba, la idea de decir o pedir algo. En ocasiones, se desestabilizaba tanto que temía caerse por los bordes de sí mismo.

Suspiró entre dientes sin tirar el palillo y miró a la puerta de cristal del *hostel*. El anaranjado del anochecer hacía tiempo que había muerto y dejaba paso a un negro purpúreo iluminado por el haz fantasmagórico y perpetuo de las luces de la ciudad. Caminos de piedra y castillos alicatados junto a edificios de cristal y tiendas de abalorios para turistas como tumores sobre el alma de la urbe.

El chico se levantó y fue a la pequeña nevera de empleados a recoger un refresco con cafeína de marca blanca y prepararse para el turno de noche. En el fondo, si lo pensaba bien y era lo suficientemente bueno mintiéndose, no tenían mucha importancia todas las cagadas que lo dejaban anclado en aquella mierda de vida. Todo se había convertido en una basura incandescente que se quemaba antes de nacer y corroía lo que había aguantado. Como el centro de aquella ciudad, como cada obra de arte sepultada bajo un algoritmo.

Abrió la lata de refresco y dio un buche mientras volvía a la recepción. No era especial, por mucho que lo hubiesen dicho, y nada iba a cambiar aquello esa noche.

Una figura estaba colocada frente a la recepción. David instaló en el rostro cansado su mejor sonrisa comercial antes de que los flecos sueltos de la situación fueran destiñendo aquella expresión. La chica que se encontraba frente a él acababa de entrar, pues la puerta automática del *hostel* se cerraba al tiempo que pisaba de nuevo la recepción. Se trataba de una mujer joven, rubia con los ojos castaños y vestida con una camiseta corta blanca y unos vaqueros largos. No parecía extranjera, aunque sus ojos tenían aspecto perdido. Estaba perlada de sudor y miraba con un pánico animal y compulsivo, alternando entre la puerta y él, aunque no parecía poder distinguir al chico.

—Emmm... ¿Hola?

La chica se lo quedó mirando y pareció percatarse en su presencia por primera vez.

—Llama a la policía —balbuceó, el pecho subiendo y bajándole desbocado.

—¿La policía? ¿Qué pasa?

—¡Que llames a la policía, coño! —aulló la chica, cuyo acento claramente la delataba como autóctona—. ¡Me están persiguiendo, joder!

El primer pensamiento de David fue la palabra *mierda* escrita en cursiva. El turno de noche aburría, pero también lo dejaba tranquilo y en paz la mayoría de las veces. En aquella condenada ciudad había trescientos nueve hoteles y al menos cincuenta *hostels*, así que no sabía cuál coño era la probabilidad de que le tocara a él una situación así, pero desde luego no era mucha.

—¿No tienes teléfono móvil?

—No me funciona. Joder, venga, por favor.

—Está bien, está bien —dijo el chico levantando las manos.

Cogió el teléfono de la empresa, por si acaso, y marcó el número de emergencias. Un par de pitidos y colgó. El chico observó la pantalla con una ceja enarcada mientras lo contemplaba el rostro de muñeca de trapo de la recién llegada. Repitió la llamada con el mismo resultado.

—Es raro. Como si no hubiera línea.

—¿Qué? ¿Es en serio?

—Joder, y tanto que sí. Iba hace nada. Debe de ser un problema de la zona o algo así.

—¿En el centro?

—Tía, no soy técnico de telecomunicaciones. Yo qué coño sé.

—Joder, joder, joder... —repetía la chica compulsivamente, el rostro hundido entre dedos largos y frágiles.

David se removió incómodo, pasando el peso de un pie a otro sin saber muy bien cómo librarse de aquello. La chica resoplaba en las palmas de las manos. David solo agradecía que ya no quedaba ningún huésped en la zona común que volviese todavía más incómoda la situación. Fuera, el calor del día parecía disminuir un poco. Le vino un olor a amoníaco, como si alguien estuviera limpiando y rascando el suelo sin parar. Acto seguido, la chica lo volvió a mirar, ojos grandes y enrojecidos brillando que lo atravesaban.

—Escúchame, me tienes que ayudar —dijo finalmente.

—¿Yo? Tía, no va el teléfono, ¿qué le hago?

—¡No! —aulló la chica. Después, pareció intentar controlar el tono—. No lo entiendes. Me está persiguiendo un... Un tío raro.

—Será un borracho. Al meterte aquí seguro que se ha pirado.

—No. No era un borracho ni un yonqui ni ninguna mierda así. Era un viejo, con un sombrero y... y... solo parecía que tenía cara.

David suspiro y dejó el palillo en el mostrador.

—Mira, de verdad, no sé qué coño te has metido, pero este no es el sitio ni el momento, así que pírate.

—¡No me he metido nada! —clamó la chica, lágrimas ácidas en el rostro y la voz empegostada de moco—. Necesito que me dejes quedarme hasta que se haga de día.

—¿De qué coño hablas? —ladró David, cerrando la ventana cuando el olor a químicos no disminuía.

—No hace falta que me des una habitación. Me puedo quedar en la sala común. O aquí sentada frente al mostrador si lo prefieres. O en el cuarto de las escobas, me da igual —siguió la chica atropelladamente.

—Y una leche, si mi jefe se entera me cae la de dios. —David salió del mostrador colocándose junto a la chica—. Mira, tienes que irte ya...

—No, no, no —La chica se abalanzó encima de él, abrazándolo temblorosa—. No por favor. Escucha, lo que sea, no puedo salir ahí todavía. Él sabe...

—¡Suéltame! —rabió David, zarandeándola.

La chica cayó de culo. Las mejillas le palpitaban en rojo.

—¡Me está buscando!

Peste a amoníaco colándose bajo la puerta.

David dio un paso hacia atrás. La chica sollozaba, moqueando. La brisa del exterior se había cortado. El hedor corrosivo no paraba de aumentar. Formol, cáustico, hirviente.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Estaba volviendo a mi casa y me empezó a seguir! ¡Él y sus...!

Tres golpes suaves. Tres chasquidos de huecos contra cristal.

Toc, toc, toc.

La chica dejó de llorar. David levantó la mirada. Arropado en una capa de negrura sonreía una figura lánguida. Apenas se distinguía, colocada entre el espacio de los haces de luz halógena de las farolas, pero quedaba claro que era viejo. Surcado por arrugas como pliegues en el destino. Iba trajeado y unos anillos de un dorado desgastado resaltaban en los dedos, aunque resultaba harto difícil discernirlo con mayor claridad.

La chica abrió la boca y el chillido se le murió en la garganta como un gorgojeo ahogado. Agarró a David del brazo, pellizcándole. El chico se apartó de un tirón.

—¡Está ahí! —aulló la chica, retrocediendo con rótulas de gelatina—. ¡Es él! ¡El tipo que me quiere llevar!

David volvió a suspirar y sacó pecho mientras daba un paso hacia adelante. No se sentía especialmente valiente. El hedor al producto de limpieza agrio y sulfúrico le quemaba las fosas nasales y los ojos ofrecían resistencia vana para no llorar. El frío le mordía cada vértebra de la espalda hasta subir a la columna y escarbarle dentro.

El tipo misterioso seguía sonriendo con una mueca que resultaba confusa; no estaba seguro si por lo asimétrica de la misma o por los dientes, que no parecían tener la forma y el lugar que les correspondía. Colmillos sobre colmillos, paletas tras muelas, dunas óseas de un blanco imperecedero. Y la mano larga y huesuda, recubierta de aquel translúcido látex azulado que le hacía las veces de piel. Los nudillos negros chocaban con medida lentitud contra la puerta de cristal.

Toc, toc, toc.

Se trataba de una puerta automática que se abría cuando alguien se colocaba bajo el sensor, aunque no parecía reaccionar ahora.

Toc, toc, toc.

David dio otro paso, sin entender por qué intentaba hacer alarde de una bravura de la cual carecía. La chica se había caído de culo en algún momento indeterminado de los últimos seis segundos, y ahora se arrastraba hacia las escaleras que subían a las habitaciones, de espaldas, manoteando como un niño prematuro.

Otro paso.

Toc, toc, toc...

Desde más cerca, la luz del interior del *hostel* revelaba algún tenue reflejo más. El hombre vestía un traje negro recubierto parcialmente de una casaca gris. Pantalones largos de pinza y zapatos negros de punta afilada, de piel seguramente, aunque algo imposible definir le decía David que no sería capaz de identificar a qué animal habían desollado para hacerlos. También calzaba un sombrero alto de terciopelo oscuro y una corbata roja bien anudada sobre el cuello de una camiseta gris como única tintura de color. Sin poder distinguirla bien, daba la sensación de ropa de buena calidad, aunque bastante maltratada. Hilos sueltos, manchas que nunca terminaron de salir, agujeros mal zurcidos. Tan de cerca, casi podía distinguir el sello en los gruesos anillos de los dedos.

Lo que seguía siendo incapaz de dilucidar era la cara, tan solo aquella sonrisa de búho viejo.

Toc, toc, toc...

David se quedó quieto. Parecía una persona que se había olvidado de serlo, aquel fue el pensamiento que inundó su cabeza. A un palmo de la puerta, ambos se observaron. Al menos, David suponía que era mutuo, pues el ala del sombrero teñía de negros gélido el lugar donde debería estar su rostro.

Toc, toc...

Los nudillos cascados se detuvieron a media uña del cristal. Inmovilidad, un maniquí olvidado. David tragó saliva. ¿Qué coño estaba haciendo? La chica dijo algo que no entendió. El hombre del sombrero apartó el brazo con un lento crujido de hueso polvoriento y ensanchó la mueca que creía ser una sonrisa

—Buenas noches —dijo el hombre sin dejar vaho en el vidrio—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—¡No se lo digas! —farfulló la chica con voz pegajosa.

—David.

El viejo aplaudió con las manos como arañas muertas, los anillos entrechocando. El metal sonaba a gimoteo al golpearse.

—Fantástico. Mi nombre es Gaspar Tenorio, un placer. —Arrastró las últimas letras como si vibrase por entero al mentarlas—. Quiero pasar a recoger algo que es mío.

La chica murmuró un «no» constante y rumiado, encabalgando las sílabas con una única y cacofónica palabra envuelta con un lazo de ansiedad.

—Escucha... —comenzó David sin tener muy claro dónde iba con aquello.

—Oh, claro, lo entiendo. Es un hotel, no es gratis pasar. Por supuesto, ¿qué quiere de pago? David abrió y cerró la boca como un pez. Pensó algo. Ni siquiera pudo definirse como un pensamiento, tan solo una imagen sugestionada, como aquella mierda de decirte una herramienta y tú pensabas en un martillo rojo. Una imagen, un concepto asociado a la pregunta de aquel hombre que claramente no era un hombre y decía llamarse Gaspar, aunque obviamente no era su nombre. Involuntario, nada más. Eso se decía.

La puerta se abrió.

—Está bien, trato hecho —dijo el señor Tenorio, con su voz de vomitar alambres.

Dio un paso al interior de la recepción y David se apartó. Quizás fue por cobardía o impresión, aunque en el fondo sabía que había aceptado algo tácitamente. No parecía correcto faltar a su parte del trato.

Gaspar se acercó a la chica que tragaba aire con dificultad. Ella sí que se había atrevido a mirarle a la cara y ahora tenía los ojos rojos. David no se había permitido observarle y solo le veía la coronilla canosa, pelo de rata sobre piel de muerto. El tipo agarró a la chica sin mucho ímpetu y la levantó del suelo.

—Los niños, ya sabe. Siempre pidiendo. ¿Tiene usted hijos, David?

David vuelve a boquear con gesto pánfilo. Fuera, entre la densa atmósfera helada y las farolas que fallaban, brillaban ojos diminutos y afilados de sabueso famélico. Pueden escucharse los

goterones de saliva espesa caer al pavimento, las mandíbulas gruesas masticando aire, las figuras humanoides y encorvadas que se acumulaban en el callejón que daba al hostel. Surgidos de la nada, como los monos alados del Mago de Oz. No hacían ruido, pero se notaba que estaban deseando hacerlo.

—No —masculló David.

—No los tenga, son un trabajo agotador —dijo el anciano mientras sacaba a rastras a la mujer, que dijo otra cosa que David tampoco entendió o no quiso dignarse a oír—. Siempre exigiendo, siempre con ganas de comer y jugar, jugar y comer.

Gaspar cruzó frente a él y el chico apartó la mirada. No volvió a levantarla hasta que los zapatos negros atravesaron el umbral de la puerta. Los ojos se acumulaban en el pozo de brea de la noche, ahora más apelotonados. Podía distinguirse el pelo negro, las narices verrugosas, los brazos simiescos, los colmillos contrahechos. Docenas de figuras ocultas tras el manto nocturno. Y la mirada de la chica clavada en la suya propia, enrojecida y húmeda.

Quiso preguntar quién era, de donde venía, qué iba a hacer con la chica. Sin embargo, solo contempló con ojos nublados mientras la puerta se cerraba y los gritos nunca llegaban.

La multitud de ojos se cernió sobre Gaspar y la chica. La tiniebla los cubrió. Luego, el hedor a formol y amoníaco se disipó y la luz de las farolas colindantes regresó con un temblor, como si parpadeasen tras una pesadilla.

David se quedó en silencio, mirando la puerta. Entonces, un huésped bajó y le pidió una manta extra. David lo observó como si hablase un idioma que jamás hubiese escuchado. Y, después, todo siguió con estúpida normalidad, hasta la mañana siguiente, cuando todo empezó a irle bien. Genial, de hecho, aunque siguiera soñando con los gritos que nunca oyó y las preguntas que Tenorio jamás le respondió.

* * *

Hay una tormenta que circula en vuelo concéntrico alrededor de la cabeza de David, cual bandada de buitres oliendo carnaza. El pasado y el presente le dan vueltas de borracho por la cabeza entre las sombras de una noche indefinida, final de un día borroso. Tiene una idea muy ligera de todo lo relativo a lo ocurrido tras su primer encuentro con el señor Tenorio hace dieciséis años y unas cuantas horas.

Es de noche y la luna brilla como una moneda plateada sobre el ojo de un muerto. A David le sorprende, porque se hospeda en una habitación de hotel en algún sitio lujoso y atestado de la ciudad. Nota el picor del tabaco en la garganta y el sabor del alcohol en la lengua. Le duele la barriga, le estalla la cabeza, le queman los ojos y le pitan los oídos. Hay una cama doble y desecha frente a él, él agita con gesto estúpido e inconsciente una botella vacía.

El brazo de una chica morena está agarrando la almohada desde el suelo. Le hace gracia la idea y le tira de la muñeca para subirla de nuevo. Sólo la trae hasta el antebrazo, del que cuelga una guirnalda escarlata. Lo suelta sin sorprenderse de no encontrar el resto de la joven. Mira

atrás y ve un bulto blanquecino, una chica pálida de melena oscura, tumbada en el suelo con esa postura desarrapada de quien ha bebido lo suficiente como para perder el control por completo. Entonces, una mano grande, de nudillos peludos y garras de obsidiana, le agarra el tobillo y tira de ella con una pesadez similar a digerir tornillos. Los ojos brillantes y pequeños de chacal escuchimizado se acumulan alrededor del bulto de negrura donde se supone que está la chica. Nadie grita. Nunca lo hacen.

—Sí, señor —clama el señor Tenorio tras él, envuelto en la misma capa de noche que sus hijos—. Así está muy bien. Mucho más sencillo.

David se seca al sudor de la cara y algo de ese sabor agrio se le mete en la boca. Escupe al suelo y, en un arrebató de emoción ciega y sorda, arroja la botella en el lugar donde ve los surcos que las formas que aquellas criaturas crean en la oscuridad. Oye cómo el cristal estalla contra el suelo y los ojos crean espacio como palomas asustadas. Y, luego, le devuelven la mirada. No los escucha, aunque nota cómo avanzan en pasos lentos y suaves. A quien sí que oye es al señor Tenorio y sus mocasines afilados, que se adelanta y levanta uno de sus dedos mientras sisea como quien calma un perro al que le han pisado la cola. La multitud de orbes brillantes no se mueve de su sitio.

—¿Quién coño eres? —consigue David arrancarse de las entrañas.

El ala del sombrero tapa el rostro informe del anciano, aunque deja entrever una de aquellas muecas descompensadas que podrían llegar a confundirse con una sonrisa.

—Tan solo un hombre que anda de aquí para allá, consiguiendo bocados dulces para sus hijos. Sólo mantengo a mi familia, ¿es tanto pedir?

El arrebató de valentía dura poco, el flujo de preguntas se le atraganta junto a la úvula. Se sienta en el filo de la cama todo lo pesado que es.

—¿Alimentando a los niños y cumpliendo deseos por el camino?

—Oh, no, no, no. Yo no puedo hacer eso —el anciano mortecino, de espaldas a él, se retira el sombrero—. Sólo cosas parecidas.

De algún modo, a David eso le hace gracia.

—¿Pero tú...?

—Tantas preguntas, todo lo que quiere saber a mí me ha llegado varias vidas averiguarlo. Tengo una historia vieja que pocos libros han conocido lo suficiente como para poder olvidar. Solo soy un hombre viejo a cargo de una familia. —Levanta los brazos con gesto de maestro de ceremonias—. Sin embargo, te responderé una pregunta, aunque no sea la que me quieras preguntar. Tú sigues siendo el mismo que cuando te conocí por casualidad: un hombre pequeño al servicio y merced de otros. Eso no lo cambia el dinero, la fama o la notoriedad. No, eso lo cambia el poder.

—Poder. ¿Como el tuyo? —se mofa David mientras garras raspan las paredes.

Nubarrones negros cubren el ojo plateado en el cielo y las tinieblas parece asfixiar aún más. David puede escuchar la pseudosonrisa del señor Tenorio ensancharse antes de que este se gire con gesto teatral. Después, este extiende su mano.

—La pregunta real es: ¿tenemos trato?

David observa la mano y por fin se atreve a levantar la cabeza e intentar escrutar las sombras tras la no cara de aquel ser.

Sabe lo que le promete, aunque no lo haya dicho en voz alta. No sabe lo que se juega, pero, a fin de cuentas, nunca lo sabes en esta vida.

Le estrecha la mano y nada se abalanza sobre él. Es entonces cuando las criaturas que lo rodean, las de los ojos brillantes y las garras curvas, empiezan a hablar.

Todo acaba, todo comienza.



LAS CAMPANAS ESTÁN MURIENDO

por Penny Melgarejo



En Pinewood Creek, las campanas repican cada vez más débilmente, mientras una niebla negra emerge de las entrañas de la tierra y los habitantes olvidan aquello que los hacía humanos. Nadie recuerda ya qué fue enterrado bajo el monte Cheyenne, pero algo allí abajo ha comenzado a despertar.

* * *

Las campanas están muriendo.

Y lo están haciendo lentamente, desde el lado oeste de Pinewood Creek, aullando al viento putrefacto que baña la pequeña población.

Las personas ya no se sorprenden, porque Pinewood Creek es un esqueje que nunca quiso brotar, que se alimentó de la sangre de la inocencia y del aliento de los afligidos. De la pena. Del cansancio. Del final de la esperanza.

El veintiuno de noviembre de 1983, el párroco Nathan Hollis miró al cielo, sonrió y, ante la estupefacta muchedumbre que se agolpaba en la puerta atrancada que él mismo había sellado, se dejó caer. No parecía que ese domingo fuese a haber sermón, no.

Un carillón humano y metálico, un híbrido de carne, hueso y una aleación férrea, resonó como un golpe seco y fúnebre, seguido de una melodía oscura que oscilaba entre la belleza del estruendo siderúrgico, el crujido de las bellas y serpenteantes columnas vertebrales y los choques cíclicos de carne contra mineral. Como un blasfemo bautismo, el orín del cascarón sin vida de Nathan bañaba a los que observaban desde abajo.

Nadie supo por qué ese hombre, querido por todos y con el alma tan pura como el vuelo de un gorrión, había acabado así. Pero tampoco les sorprendió.

Desde hacía varios meses, unas obras al lado del monte Cheyenne, a varios kilómetros de allí, habían dado comienzo. Desde el principio, los más vetustos del lugar auguraron un mal presagio:

—No dejéis que caven allí. No se debe permitir remover los restos que allí descansan. Esto va a traer consecuencias.

Nadie escuchó. Terence Goldie, el alcalde, pensó en lo más importante para la pequeña población: el dinero y la expansión económica. No importaba que se cavase ni lo que la compañía Turner Group quisiese edificar. El hogar de todos lo agradecería.

A los pocos días, varios empleados cayeron enfermos.

—Una especie de niebla oscura —decían.

Lo que comenzó como un pequeño parásito que avanzaba de una manera enraizada por la tierra buscaba la libertad del cielo y se transformaba en una neblina oscura que viajaba de un lado a otro sin dar señales ni aviso previo.

El emplazamiento de la pequeña población, que nunca fue próspera, según comentaban los nativos de allí, había profanado antiguos camposantos que no debían ser perturbados.

—Cuentos de viejas —repetían todos.

Pero la realidad era que las malformaciones se daban a menudo, la demencia se manifestaba sin avisar y algunas personas perdían la memoria sin encontrar motivos aparentes. Pero aun así, habiendo hecho caso omiso a quienes habían advertido, los ciudadanos seguían con sus vidas. Sabían que algo estaba mal, que no funcionaba correctamente. Todo era un reloj al que le habían cambiado unos engranajes por otros que no terminaban de encajar y, aun sabiendo que lo más lógico hubiese sido huir de allí, no lo habían hecho.

Nathan Hollis comprendió. Supo que algo se había torcido. Quizá su fe se estaba resquebrajando o tal vez era que el mundo cambiaba tan rápido que no era capaz de seguirlo. Y cada vez que intentaba saber, las campanas sonaban un poco más aciagas.

La vileza mundana era el recubrimiento de concreto resquebrajado de unos cimientos que habían sido mal situados. Pero seguían adelante. Con la obstinación del ser humano y el orgullo característico, no cederían un palmo a la lógica. Las cosas eran como eran.

Y las campanas seguían repicando a cada hora, pero su sonido cada vez se atenuaba más por las tinieblas invisibles que envolvían aquel lugar.

Pese a todo pronóstico, y con varios trabajadores más de Turner Group fallecidos, las obras —de algo que ya nadie recuerda— continuaron.

Siguieron excavando. Más y más profundo. Descendiendo más a la locura y ahogando con una soga del mismo color que el de los billetes de un dólar a la razón; y esta nunca volvió a aparecer.

Terence Goldie falleció. Le encontraron en el sillón de su despacho con su vieja navaja de afeitar, regalo de su abuela Tracy. Un pasaporte metálico, uno afilado, lleno de sangre y con restos de pellejo de las muñecas. Un charco de sangre y una extraña mueca en la cara parecida a una sonrisa. Terence Goldie parecía haber disfrutado sajando sus venas.

En realidad, a nadie le importó demasiado que su secretario, Andy, contase en la taberna de Barny's, tras un par de tragos, que le había parecido ver una especie de raíz negra que se volatilizó creando una pequeña nubecilla carbónica que escapó por la ventana cuando le encontró muerto. No importaba demasiado, al igual que el nombre de quien reemplazó a Goldie. En esos días, nubes de tizna opaca parecían viajar libremente por las calles. ¿O quizá todos lo imaginaban?

El párroco, ávido de respuestas y notando todo este deterioro, comenzó a sumergirse irremediabilmente en la misma desazón que mordía a la masa viva de pobladores del lugar. Ya no escuchaba las campanas de la misma manera. ¿Era él o es que el sonido ya nunca volvería a ser el mismo?

Ya apenas venían forasteros, pues se había corrido el rumor en la región de que algo siniestro le ocurría a quienes visitaban Pinewood Creek. Pero tampoco importaba demasiado, pues nadie había sido capaz de salir del lugar. Aunque intentasen abandonar el pueblo por diversos motivos —trabajo, visitas a otros familiares—, cuando iban a abandonar el lugar, una fuerza que nadie sabía explicar les hacía retroceder. Una campanada de advertencia, cada vez más lejana e irreal, les entregaba un mensaje:

Debes volver.

Las calles se volvieron un ente silencioso que daba pavor. Las casas eran similares a féretros familiares con luces intermitentes que cobijaban secretos y anhelos que nunca llegarían a efectuarse.

Los colegios eran hervideros de seres desesperanzados que sabían que nunca abandonarían aquel lugar. Sin motivo aparente, los infantes comenzaban a gimotear y rompían a llorar con un llanto desconsolado, como el de un bebé al que sus padres abandonan.

La vida proseguía, pero las conversaciones eran vacías. Los ciudadanos habían pasado a ser entidades que se levantaban y realizaban todo de manera automática. Los te quiero se perdieron para siempre en la memoria de todo lo que fue bonito, que ahora había sido engullido por una nube negra.

Las campanas repicaban sin necesidad a cada hora, y la casa del Señor era ahora una entidad famélica en la que la oración se repetía sin gloria ni hosannas victoriosos.

Tal vez las obras habían seguido o quizá todos los que allí se encontraban habían fallecido. Nunca se supo, pues nadie volvió a aquel lugar jamás. El miedo se mezclaba con la apatía y el engranaje social que mueve el fantasma de las ciudades, pueblos y emplazamientos había absorbido por completo a los habitantes.

Los primeros suicidios repicaron como un trueno tentacular, engullendo a todo el mundo por igual. Todos lloraron. Lloraron hasta que se quedaron sin lágrimas, las mismas que caían a un suelo que era devorado por raíces negras que, igual que hacían su aparición, se esfumaban. Tras esa primera ola de desvividos, la costumbre volvió a enterrar la sorpresa.

Y sonaron de nuevo las campanas. Más fuerte. Anunciando la próxima conclusión con un aliento roto e industrializado.

Entre esta barbarie, las extrañas muertes y los cuerpos sin vida que se encontraban cubiertos por una costra oscura, todos comprendieron que estaban solos. Rodeados por otras poblaciones, incluso por sus propios vecinos y parientes, pero solos. El bucle infinito en el que habían entrado estaba alimentado por la profanación del lugar y por aquello que no debían haber perturbado y ahora, en ese abandono desmesurado, comprendieron que les faltaba algo: nadie recordaba su primer beso, el llanto de su primer bebé o las lágrimas por la partida de un ser querido.

El veintiuno de noviembre de 1983 Nathan Hollis sonrió antes de morir. Esa misma tarde el cielo se oscureció aberrantemente mientras doblaban, agonizantes, las campanas.

El veintidós de noviembre de 1983 Pinewood Creek fue engullido por la penumbra y una titánica duda de si realmente existió.

Y, aun así, en la lejanía, hay quien dice que se escucha un sonido: el de unas campanas que parecen estar muriendo.



UN TRONO VALE

por YUKE Kabula

**¡HORROR EN EL
TEMPLO DE
BYAKKO! El**

*antiguo líder ha muerto, los sellos han
sido quebrados y los muertos conservan
secretos que no deberían ser profanados...*



Aki miraba atentamente aquella silla vacía. Llamarla trono hubiera pecado de pretencioso, pues en verdad no era mucho más que un viejo asiento de terciopelo, sin duda importado de occidente. Y, sin embargo, desde él había regido, casi como un sátrapa o un tirano, el viejo Shirotora, que por tantos años había dominado con puño de hierro la orden esotérica Byakko.

La joven no tenía muy claro qué pensar de aquel hombre, que encontró su final al romper el sello del Corredor de las Prohibiciones, rodeado de enemigos y aduladores. Un hombre que presumía de dignidad y honores, pero también alguien vil y sucio, que falleció poniendo en práctica una artimaña rastrera. Aunque... tal vez el hecho de haber recurrido a aquello, aun a sabiendas de que habría de costarle la vida, constituyese en sí mismo una innegable muestra de valentía.

Aki tampoco sabía muy bien qué sentimientos albergaba, o debía albergar, hacia aquel hombre, el mismo que la había enaltecido en público, pero humillado en privado. El mismo que la recogió de la calle cuando estaba más necesitada, pero que también abusó física y sexualmente de ella durante años. Aquel que, al mismo tiempo, hizo de ella un símbolo y una víctima.

¿Qué era lo que había recibido de ese anciano? ¿Hogar? Recordaba su rostro sonriente mientras le tendía la mano. «Si vienes conmigo, no volverás a pasar hambre».

Con esa imagen en mente, Aki miró hacia un rincón de la estancia, desde donde le devolvían la mirada los ojos enojados de una vieja figurilla hindú. La diosa de las serpientes, hermosa por fuera, pero llena por dentro de víboras ponzoñosas. Así era Byakko. Shirotora se

lo había vendido como un hogar, como un rincón seguro para ella. Pero en su interior tan solo encontró veneno y traumas. Muchos traumas. Como el recuerdo de las manos del anciano pegándose en su cuerpo como lampreas.

Aki hubiera querido llorar, pero muy probablemente sus ojos estaban ya secos. ¿Qué más le había dejado? ¿El cargo de líder de Byakko? Y, ¿para qué habría de servirle eso? La responsabilidad de mantener a flote un barco al borde del naufragio, una reliquia obsoleta de un tiempo pasado que no parecía tener cabida en el mundo moderno. Se suponía que ella tendría que propiciar el renacer y la purificación de la orden, pero, ¿acaso podría traer pureza una chica que había sido tan mancillada? ¿Una que solo conocía la vergüenza y la deshonra?

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que lo que Shirotora le había dejado era una maldición. Por desgracia para Aki, la orden de Byakko era lo único que le quedaba y, para colmo, la percepción que sus subordinados tenían de ella no era la mejor. «La concubina de Shirotora»... ese era posiblemente el calificativo más halagüeño que había recibido. Todos los demás caían ya en el campo de la injuria y la calumnia.

Efectivamente, no la veían como más que como una vulgar ramera. A ella, que había sido arrastrada a un entorno insoportable y que había sido forzada y vejada sin poder decir otra cosa que «como desees». Nadie en Byakko se atrevía a enfrentarse a Shirotora, ¿acaso pensaban que para ella había sido diferente? Ella también había sufrido los «correctivos» de aquel anciano perverso, jamás tuvo capacidad de elección o de resistencia. «Mantenerse servil para seguir con vida». Incluso su actual cargo de responsabilidad no era más que el fruto de otro capricho del viejo. Y la única razón por la que no había renunciado a ello era por una mezcla entre miedo a perder su identidad y temor a lo que sería de ella si perdía la poca seguridad que aquello le brindaba.

Aki no era estúpida. Algunos miembros de una cierta relevancia dentro de la orden le habían pedido ya que dimitiese del cargo tras nombrarlos sucesores. Pero sabía bien que, si lo hacía, no duraría mucho con vida. Ella seguía siendo un símbolo de la anterior cúpula de Byakko, si estallaban luchas de poder, sería sin duda la primera en caer. Así que debía aferrarse al cargo, mantener mientras pudiera ese equilibrio delicado. Aunque, ¿por cuánto tiempo sería posible? Estar en el cargo le permitía recurrir a los propios mecanismos internos y contactos de Byakko para mantenerse a flote, pero no bastarían para blindarla frente una posible conspiración. Y es que en Byakko las mayores catástrofes nacen siempre desde el interior.

De todas formas, ¿tanto deseaban sus subalternos ocupar aquel viejo asiento de terciopelo? ¿Qué motivos podían tener ellos para codiciarlo? ¿Avaricia? ¿Qué sentido tenía aquello? Podía llegar a entender que hubiese gente dispuesta a ponerse al mundo en su contra para volverse primer ministro de su país, o pisar a cientos para llegar a CEO de una multinacional. Pero ¿de qué servía dirigir una maldita secta? ¡Si es que incluso los cargos de poder terrenal que acababa de traer a su mente resultaban superfluos! El prestigio de un político dura lo mismo que su mandato y el capital de un empresario está destinado a abandonar sus manos en el momento en que el hálito vital se escapa por su garganta.

Al final, ¿acaso valía de algo tirar la vida por poder y notoriedad? Poder... el verdadero poder es aquel que permite poder vivir sin miedo, sin temor a ser arrollado, sea por la naturaleza o por tus semejantes. Había personas que le habían ofrecido protección, pero ella ya había aprendido la lección después de tantos años sufriendo las consecuencias de haber aceptado la compasión de Shirotora. Ahora él ya no estaba, pero sí las cicatrices.

Ella algún día tampoco estaría. Lo sabía muy bien y, aun así, no podía aceptarlo. Quería conocer el secreto más allá de Vida, Sueño y Muerte, pero, para ello, primero necesitaba poder. El poder para evitar una muerte prematura como fruto de alguna ruin conjura. Sí... ese poder... ¿acaso era mucho pedir?

Aki abandonó la estancia para seguir deambulando por esa ala del templo cuyo uso, según tenía entendido, quedaba reservado por mandato al líder de la orden. Físicamente se encontraba allí, pero su mente estaba en otro sitio. Pensaba en que, sin duda, Shirotora no había nacido siendo el temido Tigre Blanco del oeste de Hokkaido, con lo que, que en algún momento, sus inquietudes debieron ser las mismas o similares. Su autoridad procedía de su fama de gran *onmyoji*... ¿tal vez, si ella seguía sus pasos, podría alcanzar el poder que tanto anhelaba? ¿Dejarían de menospreciarla? Si eso funcionaba, tal vez podría compensar, al menos en parte, todo el sufrimiento que el anciano le había ocasionado. Sería como un regalo de disculpas que Shirotora le habría hecho llegar desde las profundidades del *jigoku*.

Casi sin darse cuenta, sus pasos le habían llevado a la biblioteca privada de su antiguo amo. Se trataba de una sala amplia, fresca, seca y poco iluminada, pensada para favorecer la conservación de los mismos materiales que albergaba. Las paredes estaban plagadas de nichos, repletos a rebosar por los rollos de papel de la vieja colección de Byakko. Tan solo dos cosas contrastaban con el aire inmemorial de la sala: las tenues luces led y un escritorio, relativamente actual, situado en el centro y aún ocupado por los cuadernos y anotaciones del difunto Shirotora.

Aki se sobresaltó al sentir un movimiento. Pero pronto el miedo dio paso a la extrañeza: en un rincón de la estancia, una anciana acababa de levantarse de su silla.

—¿Buscaba algo? —preguntó la anciana— Hacía tiempo que no venía nadie por aquí.

—No sabía que tuviéramos una bibliotecaria —replicó Aki.

—Que tuvieras, querrás decir —dijo la mujer con tono afable—. Ahora que el viejo líder ha muerto, tú eres mi empleadora. Pero no temas, no tienes por qué pagarme, al menos no personalmente. La tesorería de Byakko siempre ha tenido un fondo específico con el que cubre los gastos derivados del personal del templo.

—Creía que solo el líder podía entrar a esta parte del templo.

La anciana suspiró.

—No quiero faltarle al respeto, pero supongo que no pensarás que el líder se encarga de dar mantenimiento a los libros o a limpiar y ordenar las alas privadas.

Aki no pudo evitar sentirse estúpida.

—Tienes razón —respondió la joven—. Supongo que simplemente tengo demasiadas cosas en la cabeza y ando un poco confundida.

—No te preocupes —la anciana se acercó lentamente—. Solo quiero que sepas que los ancianos estamos para ayudar a los jóvenes a encontrar su camino. Si necesitas una ayuda, no dudes en decírmelo. Oh, ¡qué modales los míos! Puedes llamarme Maehara Noriko.

—Maehara-san, ciertamente necesito algo —asintió Aki—. Me gustaría conseguir el poder suficiente para estar a la altura del antiguo líder.

Maehara sacudió la cabeza.

—El viejo Shirotora comenzó a perder el norte cuando el poder se volvió su obsesión. Y él no ha sido el primer líder de Byakko en pasar por algo parecido. ¿No hay forma de evitar que ese ciclo de calamidad se repita?

—No tengo opción, ¿acaso crees que querría por propia voluntad acabar pareciéndome a Shirotora? Pero mi posición es delicada y temo por mi vida.

—Se busca el poder tratando de hallar protección, pero el poder siempre acaba atrayendo inevitablemente envidia y hostilidad. El poder engendra temor y el temor lleva a buscar poder. Es un círculo vicioso del que no podrás escapar. Aun así, ¿quieres seguir ese camino?

—No tengo opción —insistió Aki.

La anciana retrocedió, volviendo a sentarse en el rincón.

—Supongo que no hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión —la anciana bajó la mirada, tomando un rollo entre sus manos y poniéndose a leer—. Te diré lo que quieres saber.

—Te lo agradezco.

—Como ya sabes, uno de los elementos fundamentales del *onmyodo* son los pactos entre los hechiceros *onmyoji* y los *shikigami*, sus espíritus familiares. Un problema típico del *onmyodo* es que por norma general los pactos se realizan con *shikigami* de muy bajo nivel... a veces, es difícil saber si se ha establecido realmente un pacto, ya que muchos *shikigami* ofrecen beneficios ínfimos. Es más, no sería la primera vez que un *onmyoji* confunde a un animal con un *shikigami* o a un *shikigami* con un perro.

—Sí, eso es algo de lo que ya soy consciente —replicó Aki.

—La cuestión es que no todos los *shikigami* son iguales. ¿Conoces a los doce generales celestiales?

—¿Los *shikigami* de Abe no Seimei?

—Los mismos. Si tenemos que hablar de su genealogía, se podría decir que son emanaciones del Ying-Yang cósmico, al que algunas corrientes esotéricas sincretistas se refieren como Azathoth y Ab-T'bohugha. Como puedes ver, su naturaleza es más astral, en comparación con la de la mayoría de *shikigami*, cuya naturaleza está en las cosas domésticas y de la naturaleza. Más terrenales, en definitiva. Volviendo sobre los generales celestiales, no es casual que Byakko se llame así.

—El general celestial del acero y la enfermedad —recordó Aki—. De todas formas hay algo que no acabo de comprender. Si la orden tenía un benefactor tan poderoso... ¿por qué Shirotora acabó recurriendo a lo que recurrió para derrotar a sus enemigos de Onigami? ¿Por qué la orden entró en declive?

La anciana se encogió de hombros.

—¿No es obvio? La orden perdió el favor de Byakko. Un antiguo líder estimó que el poder de Byakko era insuficiente y acabó recurriendo a hechicería prohibida, a los grimorios de Ashiya Dōman. El gran Byakko se ofendió y se desvaneció. O, al menos, eso recogen los escritos de la orden. Solo hay un problema y es que es posible que haya que leer esto en clave mitológica. Puede que los generales celestiales ni siquiera existan y que la historia sea tan solo una metáfora de la caída en desgracia de la orden de Byakko. Pero hay una cosa que sí es cierta y es que, como sabes, los grimorios de Dōman que se guardan en el Corredor de las Prohibiciones son reales.

Aki tragó saliva.

—¿Estás insinuando que la clave de lo que busco está en ese lugar maldito?

—Si realmente estás convencida de que ese poder es lo que deseas, debo decirte que sí. Pero tú mejor que nadie sabes los riesgos que entraña acudir a la hechicería prohibida que oculta ese lugar. ¿Para preservar tu vida, verdaderamente planeas mirar a los ojos de la muerte?

Esas palabras martillaron la mente de Aki. Lo que decía la mujer sonaba convincente. Y, sin embargo, Aki no deseaba dar marcha atrás. Temía más a las personas que a cualquier amenaza sobrenatural que pudiese emanar de aquel lugar. Y, además, Shirotora no había fallecido por penetrar en el Corredor, sino por dejarse llevar por el odio y aceptar su propia muerte como moneda de cambio para acabar con sus enemigos. Aunque... ahora que lo pensaba, había algo que no encajaba. Shirotora era un superviviente y un gran amante de la vida... ¿verdaderamente renunció a ella por algo tan lamentable como una revancha? Los últimos días había estado extraño... ¿quizás era la muerte aquello que deseaba? ¿Quiso huir de la vida?

Aki cada vez entendía menos. Era cierto que no era raro que la gente escogiese el suicidio al verse desbordada por el arrepentimiento, pero... ¿alguien tan podrido como Shirotora podía experimentar eso? Sonaba tan irracional... además de que Aki, guiada por su instinto de supervivencia, no podía ver la búsqueda de la muerte sino como algo completamente antinatural.

—¿Estás bien? —la voz de Maehara la arrancó de su ensimismamiento.

—Lo estoy —asintió Aki—. Iré al Corredor de las Prohibiciones. Pero no pienso morir.

La bibliotecaria suspiró.

—Haz como gustes...

Tras despedirse con una leve inclinación, Aki abandonó la estancia, ante la decepcionada mirada de la bibliotecaria.

El acceso al Corredor de las Prohibiciones no estaba lejos. Lo recordaba bien. Salió hacia la izquierda y, llegando a la esquina, volvió a girar a la izquierda. Al final de un pasillo se encontraba lo poco que quedaba de aquella puerta de nueve cerraduras que habría de custodiar el acceso al *sancta sanctorum* vedado. Los quicios y las bisagras estaban completamente reventados y nadie había retirado los fragmentos de acero y madera doblada que se encontraban a medio desprender. Sin duda, el temor que aquel lugar engendraba había mantenido alejado al personal doméstico responsable de su mantenimiento. Aunque, pensó Aki, lo cierto es que no había prisa por reparar aquello pues, teniendo en cuenta lo ocurrido, poca gente en su sano juicio se atrevería a volver a entrar. De no ser por su desesperación, ella tampoco lo haría.

Aki se abrió paso como pudo entre los restos de la puerta, siendo recibida por una oscuridad sepulcral. Quiso utilizar la linterna de su teléfono móvil, aunque fue como si algo interfiriese con el aparato, impidiendo su funcionamiento. Decidió optar entonces por un enfoque más tradicional: con un sencillo encantamiento trató de hacer que las antorchas se encendieran, tal como antes que ella habrían hecho los maestros *onmyoji* que osaron perturbar las tinieblas del Corredor. Sin embargo, no logró ningún efecto, pues no había rastro de las antorchas. Retrocediendo un poco, tiró de uno de los trozos de madera que aún estaban unidos a lo que quedaba de puerta. Aunque tuvo que ahogar un grito al sentir como las astillas se clavaban en su piel, finalmente consiguió que se desprendiera. Enrollando una tela en la parte superior del madero, repitió el hechizo para prenderla fuego, consiguiendo así una improvisada fuente de claridad.

Cuando el anciano Shirotora acudió al Corredor de las Prohibiciones, fue recibido por las antiguas ilustraciones de demonios rabiosos que adornaban las paredes. Sin embargo, ya apenas quedaban rastros de ellas, cubiertas como estaban por marcas de arañazos y restos de la baba de la criatura a la que, en su día, Shirotora desató y a la que Aki hubo de volver a confinar, sirviéndose del embrujo de una vieja flauta mágica. Tales secreciones, afectadas por algún proceso químico desconocido, se habían endurecido, formando unas extrañas estructuras cristalinas. «Hermosas a su manera» pensó Aki.

Entonces creyó distinguir algo. Como el sonido de unas pisadas, procedentes de algún punto más adelante. ¿Se había adentrado en el Corredor alguien antes que ella? Los pasos parecían alejarse, perderse en la oscuridad. Pero no se apreciaba ninguna luz en el pasillo más allá de la que llevaba Aki. Había algo antinatural en aquello, en el hecho de que una persona estuviese internándose allí completamente a tientas...

Aki se llevó la mano al pantalón. Allí llevaba un cuchillo, la *higatana* que, según la tradición de Byakko, el héroe Hoori habría entregado a la criatura Sahimochinokami, sirviente del dios del mar. Tener el arma de un personaje heroico debería de haber servido para tranquilizarla, aunque lo cierto es que el pequeño tamaño del filo no lo hacía parecer muy confiable. Se trataba más de un objeto ritual que de algo diseñado para el combate; y, aun así, era mejor que no llevar nada.

Aki comenzó a avanzar. A lo lejos, seguía oyendo pisadas. La luz de la antorcha se reflejaba en las superficies cristalinas, dando lugar a un sinfín de efectos fantasmagóricos. De no ser por su determinación, la chica ya se habría dado la vuelta.

Un paso. Y otro. El Corredor casi parecía infinito. El sonido del caminar de la otra persona se detuvo, dando paso a una carrasposa ronca. Aki dirigió la mirada al lugar del que provenía: sentada sobre un clúster de cristal se apreciaba una figura humana. Y, Al alumbrarla con la antorcha, tuvo que controlarse para no dejarla caer a causa de la impresión: quien estaba ante ella no era otro que Shirotora.

—Así que has decidido seguir mis pasos —dijo, su voz fría como el hielo.

—Tú no eres él —respondió Aki, tratando de ocultar el nerviosismo en su tono—. Está muerto.

—Eso ahora no importa —el hombre comenzó a incorporarse—. Los vivos no deberían adentrarse en el dominio de la muerte, pues solo muerte hallarán.

Al aproximarse a Aki, la chica pudo apreciar en él cosas que no había podido ver a simple vista: donde habrían de estar sus ojos tan solo había dos cuencas vacías, y de su piel emanaba el hedor de la putrefacción.

—¿Vienes aquí porque echas de menos la forma en que «jugaba» contigo? —la boca de la entidad se curvó en una sonrisa grotesca, dejando entrever una dentadura repleta de caries y gusanos.

Instintivamente, Aki tomó el cuchillo ritual con la mano que tenía libre y lo levantó frente a ella. Al verlo, la criatura soltó un grito agudo y pareció desmoronarse. Piel y huesos cayeron al suelo, donde acabaron por fundirse con las sombras. Pronto, un sonido cavernoso comenzó a propagarse por el Corredor; al comienzo, no era muy distinto del gruñido de una fiera, pero se fue modificando hasta mutar en algo semejante a una voz humana.

—¡Maldita seas por invocar aquí el poder del Gran Señor del Abismo, nuestro enemigo natural! ¡Iä! ¡Iä!

—¿Quién eres tú? —rugió Aki, armándose de valor— ¿Eres Yoruhime, la bruja de la que siempre hablaba Shirotora y que moraba aquí, en el Corredor?

—¿Yoruhime? —la voz comenzó a reír— Ya no está aquí. Nada la ata ya a este lugar. ¡Pasa! ¡Sigue adelante! ¡Visita temerosa nuestra morada, donde Vida, Muerte y Sueño son uno y lo mismo!

Tragando saliva, Aki siguió avanzando, dándose cuenta de que ya había llegado al final del Corredor de las Prohibiciones. Alcanzó aquella familiar estancia circular, plagada de fragmentos de tela rasgada, restos de sangre seca y partes humanas, trituradas y aplastadas hasta dejarlas irreconocibles. Todo estaba tal cual quedó aquel día, sin duda los restos de Shirotora se encontraban también mezclados en mitad del grotesco vertedero.

La mirada de Aki viajó hacia el centro, donde se encontraba un siniestro ataúd negro. Las cadenas que en su día se soltaron habían vuelto a su sitio cuando Aki restauró el sello. Y, sin embargo, se sentía como si el hechizo tan solo hubiese sido restituido parcialmente, ya que un

aura de malignidad lograba escapar del interior del sarcófago. Sin duda, había sido culpa de la inexperiencia de Aki.

—Sé lo que piensas —la misma oscuridad pareció comenzar a condensarse sobre el ataúd, conformando algo parecido a una silueta masculina—. Que esto es la prueba de tu debilidad. Y puede que así sea.

—Te lo vuelvo a preguntar —la joven apretó con fuerza el cuchillo— ¿Quién diablos eres? Si no eres Yoruhime, ¿qué eres? ¿El fantasma del onmyoji Ashiya Dōman?

—Lo somos y, al mismo tiempo, no lo somos, pues al tratar de escapar de la muerte, quedamos atados a las tinieblas. Y, aunque nuestra conciencia ha podido emerger al estar debilitado el sello, seguimos atados a este lugar... y al cadáver monstruoso al que aprisionan estas cadenas. Esta forma que ves ha sido conjurada por nuestros grimorios. Si de verdad los deseas, tan solo debes alargar tu brazo y tomarlos de nuestro interior. Pero... ¿realmente estás dispuesta a pagar el precio?

Aki se dispuso a avanzar hacia él, pero a punto estuvo de perder el equilibrio al pisar una masa de carne. Al bajar la mirada sus ojos se encontraron con lo poco que quedaba de lo que debió haber sido un torso, completamente privado de su cabeza y sus miembros. El hedor de la muerte comenzaba a volverse insoportable.

—Alto —dijo la sombra—. Si deseas acercarte a nosotros, primero debes renunciar a ese cuchillo.

Aki levantó ante sus ojos aquella arma ritual, prestando especial atención al símbolo que tenía en su mango y que parecía ahora palpar. Un pequeño cuchillo y una improvisada antorcha representaban la única barrera entre ella y la oscuridad, lo único que evitaba que fuese consumida por la tiniebla. La insignificancia de la vida frente al inmenso vacío de la muerte. En ese momento, Aki comprendió finalmente las palabras de la anciana bibliotecaria.

—Me niego —respondió Aki—. ¿Dices que para escapar de la muerte debo renunciar a la vida? Una carcajada retumbó por la estancia.

—Veo que al fin te has dado cuenta —la sombra pareció comenzar a desintegrarse—. Lo que tú buscas es la vida, pero también es escapar de la muerte. Nosotros no pudimos aspirar a tanto, así que ahora vivimos en la muerte. Lo que tú deseas es más ambicioso. Aférrate a tu cuchillo, pero toma también nuestros grimorios, tal vez así puedas completar mi investigación. Pero ten en cuenta una cosa: todo deseo tiene un precio a pagar, y ese precio es proporcional a la magnitud de lo deseado. Aun así, ¿deseas seguir adelante?

—Lo deseo.

—¡Pobre estúpida que aspiras a imposibles! No seremos nosotros quienes tratemos ahora de frenarte. ¡Recíbenos, conócenos y halla en nosotros lo que necesitas, sea o no lo que buscas!

Cuando Aki quiso darse cuenta, ya no quedaba nada de la sombra. Sobre el ataúd ahora tan solo yacían unos rollos de papel, que parecían atraer hacia sí toda la malignidad que aún se concentraba bajo la tapa del sarcófago. Guardó el cuchillo en su funda y procedió a tomar aquellos ancestrales grimorios. La descarga que sintió recorrer su cuerpo fue comparable a la

de meter los dedos en un enchufe; no obstante, esta pronto remitió, y con ella, se fue el aura que antes parecía impregnar la sala. Ya solo estaba allí Aki, con la única compañía de la oscuridad y de los muertos.

Tras dedicar un último pensamiento al viejo Shirotora, la joven emprendió la marcha. Debía salir de allí antes de que la luz de la antorcha se consumiese del todo.

El regreso se hizo mucho más breve. Aki no fue capaz de determinar si se trataba de una sensación subjetiva o si había algo de sobrenatural en la arquitectura del Corredor. Al aproximarse a la salida reconoció la tenue claridad de una linterna, sostenida por la vieja Maehara.

—¿Me estabas esperando? —preguntó Aki, con un tono tal vez más seco de lo que pretendía.

—Tenía la ligera esperanza de que se arrepintiese en el último momento... —la mirada de la anciana vagó hacia los rollos que sostenía Aki— pero veo que los ha traído consigo. Al menos ha salido con vida, supongo.

—Prepárame un té —respondió tajante la joven líder—. Me espera una larga noche de estudio.

—Como desee...

Aki se dirigió a la biblioteca, instalándose en el antiguo escritorio de Shirotora. Antes de despejarlo, echó un vistazo a lo que había encima: un puñado de ediciones encuadernadas de textos como el *Engishiki* o el *Hōki Naiden*, así como varios cuadernos con anotaciones diversas. La chica los apartó hacia un lateral, procediendo a extender parte de los rollos sobre la mesa. La bibliotecaria no tardó en llegar, trayendo consigo una bandeja sobre la que reposaban una tetera y un vaso. Tras servir el té, la anciana se retiró a su rincón de la estancia.

Tras agradecer con un leve asentimiento, Aki trató de sumergirse en la lectura. Sin embargo, no tardó en encontrarse con la problemática que entrañaba, y es que no solo estaba plagado de expresiones ya en desuso, sino que además aludía a fórmulas y rituales aún desconocidos para ella.

La joven extendió su brazo para tomar uno de los cuadernos de anotaciones del antiguo líder de Byakko. Tras echarle un vistazo un tanto superficial, lo apartó de mala gana. Se trataba de una relación de pactos entre el hechicero *onmyoji* y sus *shikigami*. Esta no le era particularmente útil, primeramente, porque estos contratos eran personales e intransferibles, en segundo lugar, porque la finalidad de la inmensa mayoría de ellos era tan cotidiana como cerrar puertas o hacer que los vasos de agua se llenaran solos. Los pocos interesantes parecían difícilmente reproducibles.

Aki procedió a tomar el segundo cuaderno y su rostro se iluminó. En este caso aparecían interesantes anotaciones relacionadas con los Grimorios de Dōman. Shirotora debió realizarlas poco antes de romper aquel sello y poner fin a su vida.

El principal problema que presentaban esos apuntes es que estaban centrados particularmente en la naturaleza del sello del Corredor de las Prohibiciones; sin embargo, también tenía a bien incluir alguna clave de desciframiento que podía extrapolarse a otros hechizos, pactos y rituales descritos en los Grimorios. Asimismo, había alusiones a otros textos

que podían ofrecer datos interpretativos interesantes. Aki se sumergió de manera casi obsesiva en unos y otros; apenas siendo consciente del momento en que el sueño la venció por completo.

La joven se vio en medio de un prado de lirios araña rojos, que no parecían crecer sobre la tierra, sino que más bien brotaban de una masa cuya textura evocaba la carne putrefacta. En el centro había un pedestal, sobre la que se sentaba una figura cuyos rasgos oscilaban a cada instante: en un momento no era más que un hombre maduro vestido ricamente y, al siguiente, un engendro pálido o algo incluso más monstruoso. Fauces y garras nacían y morían sobre la superficie de su cuerpo, al tiempo que los patrones de su ropa se transmutaban en un sinfín de ojos. Lo humano daba paso a lo deforme y lo deforme volvía a dar paso a lo humano.

—Recíbenos. Aprende de nosotros. Conviértete en nosotros.

Casi de forma automática, Aki comenzó a acercarse.

—Asimílanos. Sé una con nosotros...

La joven ya estaba al lado. Apenas con extender la mano podría llegar a tocarlo.

—No... ¿vas a dejar que nos lleven?

Aki trató de alcanzarlo, pero por algún motivo fue como si la distancia se dilatase.

—No dejes que nos lleven. No dejes que nos lleven. No dejes que nos...

Una fuerza pareció arrastrar a la criatura y Aki se despertó, sobresaltada. Dio tal manotazo que tiró el vaso de té, cuyo contenido se desparramó sobre la mesa. Habría caído sobre los Grimorios, de no ser porque estos no estaban.

Aki rebuscó con nerviosismo entre los documentos que ocupaban el escritorio, pero no tuvo ningún éxito. Al ir a incorporarse se dio cuenta de que, sobre su espalda habían colocado una bata. Seguramente lo había hecho la bibliotecaria para que no cogiera frío.

La bibliotecaria. La joven miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había rastro de Maehara Noriko. No pudo evitar tener un mal presentimiento... ¿se había llevado los Grimorios para protegerla? ¿O, tal vez... los quería solo para ella? Si la anciana decidiera usar contra ella la magia prohibida, Aki estaría en serios problemas. Se sentía indefensa, abrumada por la idea de que aquellos rollos podían haber caído en las manos equivocadas.

La joven trató de controlar su ansiedad y decidir cuál podía ser la mejor línea de actuación. Tenía claro que no deseaba acudir bajo ningún concepto a los miembros del consejo de Byakko: si se enteraban de que le habían robado algo tan peligroso delante de sus narices, solo conseguiría que cuestionasen aún más su autoridad. Tal vez un hechizo de seguimiento más o menos simple podía servir.

Aki sacó de entre sus pertenencias un amuleto de papel y, al arrojarlo al aire, este se transformó en un pequeño gorrión. El diminuto pájaro abandonó la estancia, guiado por un rastro invisible. La joven fue detrás tras asegurarse de que nadie en el templo la seguía, aunque lo cierto era que, siendo de noche, apenas rondaba gente más allá de tres o cuatro responsables de seguridad. En parte se sintió ridícula, siendo la líder y, aun así, sintiéndose en

la obligación de escabullirse como una vulgar ladrona. Pero, no sabiendo en quién podía confiar y en quién no, estaba convencida de no tener otra opción.

Siguiendo al pájaro, Aki se internó en un bosque cercano. Aunque el gorrión se adelantó hasta el punto de desaparecer de su campo de visión, podía sentir igualmente su posición gracias al vínculo que compartían. Sin embargo, cuando llevaba ya un rato caminando por la espesura, la conexión se cortó de golpe. Como si su *shikigami* aviar hubiese sido desterrado forzosamente al plano astral.

La mano de Aki volvió a buscar inconscientemente el mango de su cuchillo. Más adelante algo se había movido, dejando tras de sí un trozo de papel rasgado. No tardó en comprender que el amuleto que ataba al pequeño *shikigami* había sido destruido. Aki miró hacia todos lados, tratando de distinguir algún movimiento. Sin embargo, lo que finalmente le dio la voz de alarma fue el crepitar de las hojas secas.

—Libres —fluyeron unos pensamientos que no eran suyos hacia el interior de su cabeza—. Sin el símbolo del Gran Señor del Abismo... libres...

Aki se apartó a tiempo de evitar que una figura simiesca y de grandes zarpas cayera sobre ella. Habiendo fallado su ataque sorpresa y emitiendo una carcajada capaz de helar la sangre al más valiente, la cosa huyó entre la espesura.

Durante unos instantes, Aki se quedó paralizada. Su instinto le decía que debía perseguir a su atacante, pero el sentido común la instaba a huir. A punto estuvo de darse la vuelta y regresar, pero no tardó en comprender que, en cualquier momento podía ser atacada por la espalda por aquella misteriosa amenaza. Además, era mayor su temor a lo que podría suceder si Maehara lograba escapar con los Grimorios. Aquella cosa... ¿sería un espíritu *shikigami* convocado por la bibliotecaria para tratar de frenarla? ¿O habría ocurrido ya algo peor?

La joven se puso en marcha, poniendo todos sus sentidos en ello, atenta a cualquier actividad anómala a su alrededor. Sí, había algo, estaba más adelante... la sensación no era muy diferente a la que experimentó en el Corredor de las Prohibiciones cuando escuchó los pasos procedentes del fondo. Aunque no, no era solo eso. Había algo más, algo indescriptible que le resultaba inquietantemente familiar.

El bosque comenzaba a abrirse, revelando las ruinas de una pequeña población de no más de cinco o seis viviendas. Era una de las aldeas que habían sido destruidas cuando Shirotora rompió el sello. En el centro se encontraba un pozo enormemente deteriorado.

Aki se disponía a aproximarse al pozo cuando su mirada se posó en unas peculiares huellas. En unos tramos estaban muy separadas, como si su propietario hubiera ido desplazándose a saltos. En otros, en cambio, formaban un surco, como si algo muy pesado hubiese sido arrastrado por allí. Junto a algunas de las huellas había minúsculas formaciones minerales, la misma baba petrificada que se apoderó del Corredor de las Prohibiciones, aunque en una escala infinitamente menor.

Al ir siguiendo el rastro, la joven comenzó a sentir una incómoda presión. Era como respirar un miasma de pura malignidad que parecía propagarse rápidamente por el aire. Al pasar junto

al pozo no pudo evitar mirar hacia el interior, comprobando que ya estaba plagado de aquellos cristales. La criatura... ¿sería la misma que había liberado Shirotora? No, era imposible, aunque el sello estuviera debilitado, no había dejado de funcionar por completo. Y, sin embargo, algo sí que había logrado salir de allí... aunque, a juzgar por el tamaño de la baba, era bastante más pequeño. ¿Pertenería ese rastro a la forma simiesca que la atacó antes? Todo apuntaba a que sí, lo cual sugería una conexión directa entre el atacante y la monstruosidad contenida en el Corredor. Lo que no acababa de quedar tan claro era el papel que la anciana bibliotecaria había jugado en todo aquello.

Cuanto más avanzaba, más agobiante se volvía el aura oscura que parecía impregnar todo. No recordaba haber sentido esa presión cuando el ser se abalanzó sobre ella en el bosque... ¿se estaría volviendo más poderoso o es que antes ocultó deliberadamente su esencia para tratar de sorprenderla? Sea como fuere, cualquiera de las dos posibles respuestas tenía unas implicaciones cuanto menos alarmantes.

Yendo en pos de aquella fuerte presencia, Aki atravesó la aldea, sin detenerse en ninguna de las ruinosas residencias. Volvió a internarse en la espesura, recorriendo lo que parecía un viejo camino de pastores, casi devorado por las malezas. Los cardos y las zarzas acariciaban cruelmente sus piernas, mientras los mosquitos trataban de darse un festín. Y, sin embargo, la joven no prestaba atención a aquellos percances, concentrada como estaba en seguir el abrumador rastro energético.

Finalmente, alcanzó una pequeña cueva natural que habría servido como refugio para los pastores. La presión se volvió tan insufrible que tuvo que contener las ganas de vomitar. Ni siquiera en el Corredor de las Prohibiciones se había sentido así, aunque puede que la hubiese protegido el poder del sello que pesaba sobre el ataúd. Aquí lo único con lo que podía tratar de contenerlo era usando el cuchillo.

Con esto en mente, Aki se aproximó a la entrada de la caverna y usó el filo para trazar una serie de signos. Casi a modo de respuesta, escuchó un grito agudo. Algo grande y oscuro pareció desprenderse del techo de la cueva, precipitándose hacia un oscuro rincón. La joven encendió la linterna de su teléfono móvil. Allí estaba la criatura, de espaldas, en cuclillas, mirando fijamente un punto de la pared. Vista de lejos, hubiera podido confundirse con una persona, aunque había rasgos que la delataban, entre ellos las espinas que emergían de la franja central de su espalda, casi como prolongaciones de sus vértebras, que habían logrado emerger desgarrando su piel. La joven se acercó con cuidado, consciente de que aquel humanoide ya debía ser de sobra consciente de su presencia.

—Libres... pero cuerpo marchito... suelta el cuchillo, Aki... recíbenos...

La cosa giró su rostro hacia Aki, que pudo reconocer vagamente las facciones de la anciana Maehara. Sin embargo, toda su musculatura estaba hinchada, dando la impresión de que en cualquier momento su piel fuera a estallar por la tensión.

—Recíbenos —el cuerpo de la anciana se retorció y contorsionaba como si estuviera experimentando un dolor intenso—, conócenos y halla en nosotros lo que necesitas, sea o no lo que buscas...

La criatura que había sido Maehara Noriko se acercó casi reptando a Aki. Pese a rozar el suelo con su vientre abultado, la cosa lograba desplazarse a una velocidad sorprendente, recordando en sus movimientos a una araña abotargada y grotesca. Antes de que la joven pudiese reaccionar, ya había llegado ante ella, procediendo a incorporarse sobre sus maltrechas extremidades traseras. Su tamaño sorprendió a la joven, era como si hubieran estirado el cuerpo mutado de la anciana hasta hacerle alcanzar los dos metros.

—Recíbenos... renuncia al cuchillo.

La criatura comenzó a extender su mano hacia el brazo con el que la chica sujetaba el cuchillo. Si los recibía, ¿realmente obtendría de ellos el poder que ansiaba? Fue entonces que la mirada de Aki se cruzó con los ojos de la que había sido la anciana bibliotecaria, hinchados y empapados en unas lágrimas que parecían a punto de transmutarse en cristal. Y recordó la imagen grotesca de la sala del ataúd, sembrada de cadáveres.

Escapar a la muerte refugiándose en ella. Vivir en la muerte. Nunca había habido otra opción. Gracias al cuchillo, no pudieron tomar el control de Aki cuando les sacó del Corredor, pero eso no significaba que hubiesen cejado en su empeño. Habían cedido con la intención de lograr una oportunidad como esta, Maehara solo fue el recipiente temporal que necesitaron para atraerla hacia allí, lejos de Byakko, en un lugar donde explotar su vulnerabilidad.

No. Eso no era lo que deseaba. Una vida así no era vida. Aki no se permitió dudar, con un solo movimiento, incrustó el cuchillo en el abdomen de la aberración, que soltó un grito agudo. El símbolo de la empuñadura, similar a una ramita de pino, comenzó a brillar, al tiempo que la cosa se desplomaba.

—Sello... sello...

Aki trató de concentrarse, logrando sentir una fuerte energía procedente del vientre de la desfigurada bibliotecaria. Tragando saliva, apretó el pomo con fuerza y tiró de él hacia abajo, desgarrando verticalmente el cuerpo de la criatura y revelando en su interior unas largas tiras de papel. La criatura dejó de moverse.

—Sello... —seguía reverberando una voz incorpórea— sello... se...

Asqueada, Aki arrancó los rollos manuscritos de entre las vísceras del cadáver y los arrojó al suelo.

Esa misma noche, la joven líder de Byakko tomó la decisión de prender fuego a los Grimorios de Dōman y de reforzar el sello. Nadie en la orden llegaría a conocer lo sucedido, aunque, al amanecer, descubrirían con un cierto asombro que una puerta de doce cerraduras había sucedido a la de nueve como guardiana muda de los secretos del inefable Corredor de las Prohibiciones.



El falso rey que vivió un millón de años creyó ser un dios... ¡hasta descubrir la verdad!

Dentro del abismo, mi conciencia volvió. Por aquel entonces surgió una pequeña llama y, como si fuera algo contagioso, empezó a propagarse a mi alrededor. Al parecer, estaba en una especie de plaza de un castillo, con una montaña de huesos esparcidos frente a mí.

¿Por qué estoy vivo? Mientras pensaba en ello, los huesos de un esqueleto dorado empezaron a moverse, levantándose uno a uno hasta adquirir una forma humana.

—¿Quién eres? —pregunté al esqueleto, sin mostrar sorpresa.

—Soy el guerrero Yuhlah.

Su voz resonó dentro de mi cabeza. Ya que me había respondido, decidí preguntar por mí.

—¿Quién soy yo?

—Eres el rey de la mansión de los sueños.

—¿Qué es un rey? —No podía recordar nada. Ni quién era, ni qué hacía allí.

—El rey que gobierna sobre las estrellas.

Yuhlah acercó la punta afilada de su dedo a mi cabeza. Entonces, mi mente despertó. El conocimiento y la sabiduría fluyeron hacia mi interior. Ya lo entiendo... Estos esqueletos fueron asesinados por mis subordinados en la guerra anterior.

Una risa surgió desde lo más profundo de mi pecho. Lo recuerdo. Recuerdo que yacía aquí.

—Vamos, Yuhlah.

Volé la puerta por los aires con mi magia. ¿Para quién o qué será este mundo...?

Cuando salí de aquella plaza, me encontré en la parte baja de una torre, al comienzo de unas escaleras de caracol que parecían no tener fin. Empecé a subirlas junto a Yuhlah.

—Yuhlah, ¿la gente ha muerto?

—Cuando regrese al mundo, ya habrán desaparecido.

Podía escuchar su voz con claridad. Mi percepción del tiempo todavía no se había deteriorado.

Conozco a los humanos. Les encanta la guerra. Por eso decidí realizar un hechizo especial llamado El reino de los mil años o El reino eterno. Una magia muy eficaz para destruir definitivamente a la humanidad.

Quien piense un poco se dará cuenta enseguida. Mil años son suficientes para que los humanos entren en conflicto entre sí y se destruyan mutuamente. Lo que hice fue volverme inmortal con esa magia.

—En su casa de R'lyeh, el muerto Cthulhu espera soñando —canté, alegre.

Empecé a subir las escaleras mientras iluminaba la oscuridad con mi magia. Pensé en volar con ella, pero por alguna razón no pude.

Miré hacia arriba mientras avanzaba. Todavía quedaba mucho. Seguí adelante, esperando un final. Daba igual cuánto caminara, nunca me cansaba. Quizá fuera porque mis piernas eran como tentáculos encantados.

Caminé y seguí caminando. Pasó un año. Pasaron diez años. Pasaron cien años. Pero continué avanzando.

Detrás de mí me seguían incontables esqueletos, como si dirigiera un escuadrón de un ejército. No intercambiábamos palabras; simplemente avanzábamos.

—Yuhlah —decidí hablarle después de varios cientos de años—. ¿Hasta cuándo vamos a estar subiendo esta torre?

—Hasta que todo se acabe. Cuando los cuerpos celestiales se reúnan.

Me encogí de hombros.

Seguimos caminando, seguidos de incontables esqueletos. ¿Hasta cuándo deberíamos seguir subiendo? Dejé de pensar en ello hacía mucho tiempo.

No sé cuántos años pasaron, pero llegó el momento. Por fin terminamos de subir las escaleras y nos encontramos frente a una puerta. La empujé despacio con ambas manos.

—Esto...

Estábamos en el espacio. Había diversas formas, colores y tamaños reunidos allí.

Entre todo aquello encontré una estrella que brillaba con una luz azul, hermosa y pura.

Bienvenido de vuelta. Bienvenido de vuelta. Bienvenido de vuelta.

Majestad. Majestad. Majestad.

Las estrellas me llamaban. Las campanas bendecían.

Los esqueletos que me seguían habían desaparecido en algún momento. Solo Yuhlah y yo habíamos llegado hasta allí.

—¿A quién pertenece esa estrella? —pregunté a Yuhlah.

—Al rey.

—¿Quién es el rey?

—Usted.

—Bien. Voy a vivir en esa estrella.

Terminé de hablar y me dirigí hacia la hermosa estrella azul utilizando magia.

Cuando me di la vuelta, observé unas masas de carne que parecían intentar mantener una forma. Era como si las [larvas de dios] se estuvieran riendo de manera siniestra. Aquello era tan trivial que lo ignoré.

Me posé sobre la tierra, sobre un mundo hermoso. Las flores florecían en abundancia, los ríos fluían, los cantos de los pájaros eran hermosos y los frutos, llenos de vida, tenían un delicioso dulzor ácido.

Me alegré de haber llegado a aquella tierra, de ser su rey. Pero eso solo fue el principio.

Un día, volví a poder usar la magia de volar. En su lugar apareció un reloj gigante.

Pasaron mil años. Estar solo con Yuhlah se volvió aburrido.

Pasaron diez mil años. Tic-tac, tic-tac.

Duele. Duele. Duele. Soledad. Todos los días, el mismo paisaje. Daba igual adónde fueras: siempre había flores y seres vivos.

Aburrido, aburrido, aburrido. ¿Cuánto tiempo más tengo que pasar en esta estrella?

Pasaron cien mil años. Pasó un millón de años. Tic-tac, tic-tac.

Aburrido, aburrido. Ya lo entiendo... Fui engañado por las larvas de dios.

Duele, duele. Imperdonable, imperdonable.

—¡Yo soy el reeeeeeeeeey! —grité.

Yuhlah había desaparecido en algún momento. La soledad continuaba. Empecé a sentir que aquella hermosa naturaleza se burlaba de mí.

Qué debería hacer, qué debería hacer. Al mirar hacia el cielo azul, las nubes blancas parecían flotar con tranquilidad.

Olvidé casi por completo cómo usar la magia. Por eso... elegí la muerte. Utilicé el único hechizo que aún recordaba.

Mi cabeza se volvía loca, loca, loca. Grité, grité y grité. Mi conciencia desapareció mientras babeaba.

—¿Umm?

Escuché el sonido de una gota cayendo.

Cuando desperté, me encontré dentro de la oscuridad.

—La próxima vez llevaré a los demás.

Me incorporé y encendí un fuego.

Ahora lo entiendo. Yo no era un rey. No era el Gran Cthulhu.

Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.

Yo solo era un mago que había sido engañado.



RUINAS BAJO LA TIERRA

por Mathew André Meléndez

Cuando aquel monstruo y sus sirvientes vivían, despertaba aterrado cada día de mi vida, rezando a Tyr para que no estuvieran cerca ni a punto de atacar mi pueblo. Los demás magos habían muerto: devorados, despedazados o, simplemente, aplastados bajo sus pisotones. Solo quedaba yo. Temía que aquel fuera el último día, tanto para el pueblo

como para mí, pero, con la ayuda de un hombre, de una mujer grande y de lo que sigo jurando que es un dios vivo, logré evitarlo. Al menos conseguimos recuperar a los niños que habían sido secuestrados. Hay futuro para los míos. Espero que la paz en la aldea sea duradera. Tal vez así pueda ir a ayudar a mis salvadores en su búsqueda.

—La mente del Mago Gris.

* * *

Han pasado dos semanas desde la muerte de Turyus y sus secuaces, y el pueblo empieza a recuperar la calma que tanto ha añorado. Tolker mira el horizonte, impaciente. Podría haberse marchado hace rato, pero aún tiene presentes las palabras que Silxirr le dice aquella vez que se conocen, palabras que encierran una verdad irrefutable: marcharse completamente solo solo le traerá la muerte, y más ahora que Ulksars sabe que existe y quiere recuperar a su amada.

Tolker continúa perdido en sus pensamientos hasta que la voz de Alkar rompe su silencio.

—¿Hay algún problema, hermano? —pregunta el Sol Sonriente, arrodillándose para quedar más cerca de la altura de Tolker.

—Estaba pensando... ¿Cuándo podremos ir por Renalcia? Necesito salvarla —contesta el Olvidado, sin perder de vista su misión.

—Entiendo tu necesidad, hermano. Rescatar a alguien tan amado como ella es muy importante para ti, pero no podremos irnos hasta estar seguros de que haya unos cuantos magos más en el pueblo para que puedan defenderlo.

Tolker mira a Alkar con su único ojo, parcialmente oculto bajo un yelmo que no alcanza a cubrir por completo la mezcla de impaciencia y preocupación de su mirada. El Sol Sonriente no sabe qué responder; le cuesta encontrar las palabras adecuadas para alguien como el Olvidado. Por ello, ambos caminan hacia el pueblo en silencio, todavía afectados por lo ocurrido.

Un grito desesperado rompe la calma. Un niño de la raza de los enanos corre hacia ellos, temblando y al borde de las lágrimas.

—¡¡¡Señores altos, por favor, ayúdenos!!! —grita el pequeño.

—¿Qué sucede, hijo? —pregunta Alkar, agachándose para intentar calmarlo.

—¡La señora alta y mis amigos cayeron por un agujero!

—Hijo, ¿quieres explicarme la gravedad de eso? —responde Alkar, arqueando una ceja.

—Mis amigos y yo estábamos jugando con la señora Silxirr en el bosque. Cuando empezó a perseguirnos, un agujero se abrió en el suelo y se los tragó. No sé qué hacer. ¡Por favor, señores altos, ayúdenlos! —grita desesperado el niño, consciente de que sus amigos y una de sus salvadoras están en peligro.

Alkar le pregunta cómo llegar hasta el agujero y, guiados por él, ambos se dirigen al bosque. Finalmente llegan al lugar que tanto ha asustado al pequeño.

El agujero es enorme: lo bastante grande como para tragarse a varias personas relativamente altas y a muchos enanos, pero no lo suficiente como para que alguien de la corpulencia del Sol Sonriente pueda pasar por él.

Ha pasado una hora desde lo sucedido. Todo el pueblo se ha enterado y ha acudido a contemplar la situación. Ante aquello, Alkar decide que quienes deben bajar al rescate son Tolker y Fersir: son los más aptos para enfrentarse a cualquier peligro y, además, caben por el agujero.

—Hermanos, solo puedo deciros una cosa desde aquí: tened cuidado al bajar. No sabéis qué hay ahí debajo —dice Alkar, con una mirada preocupada.

—Gracias por su preocupación, Sol Sonriente, pero tengo una pregunta. ¿Cómo podremos subir si al bajar no tenemos un camino de regreso? O, peor aún, ¿qué ocurrirá si el camino queda cortado? —pregunta el Mago Gris.

Alkar saca dos anillos extraños y se los entrega a sus compañeros. Ambos los observan, preguntándose para qué sirven.

—Son anillos de transportación. Presionadlos aquí y dejarán un punto marcado. Si los presionáis allí abajo, regresaréis al punto en un instante, casi como un parpadeo. Si alguien está agarrado a vosotros cuando presionéis el anillo, también será transportado. Podéis llevaros a más de una persona. Aquí os esperaré, hermanos —explica Alkar, resolviendo la duda de Fersir.

Una vez establecido el punto de transportación y con toda la información necesaria en mente, el Olvidado y el Mago Gris comienzan a deslizarse por el agujero a gran velocidad. El túnel parece extenderse durante tantos metros que, llegado un momento, empiezan a creer

que han recorrido casi un kilómetro. Entonces divisan una luz al final. Un instante después, salen al otro lado y quedan completamente impactados por lo que encuentran. En lugar de una cueva profunda, donde la luz jamás llegaría, se encuentran con una arboleda extraña que, de alguna manera, se extiende bajo un «sol» artificial. Los árboles tienen troncos de un negro rojizo y hojas que, vistas desde lejos, parecen llamas ardiendo en sus copas. Grandes flores amarillas crecen entre las ramas; una sola de ellas tiene las dimensiones de la cabeza de un humano.

Hay en aquel lugar una extraña belleza, casi encantadora, que, de no existir un objetivo urgente de por medio, haría que cualquiera se quedara contemplando los árboles durante horas. Tolker y Fersir contemplan el descubrimiento con asombro. Nunca han visto algo parecido en todos los años que llevan viviendo en aquel mundo.

El dúo avanza entre los árboles, esperando encontrar algo peligroso, a los caídos o, al menos, alguna pista que los guíe hasta ellos. Después de avanzar lo suficiente, encuentran lo que parece una enorme casa de piedra, casi como un pequeño castillo. Ambos se acercan con cautela, todavía alerta y esperando que el peligro aparezca en cualquier momento. Todo parece preparado para una amenaza inminente, pero, más pronto que tarde, descubren algo todavía más extraño: el lugar es inquietantemente tranquilo.

Mientras Fersir permanece en la entrada, Tolker recorre la casa en busca de Silxirr y los niños. Espera encontrarlos allí, pero no obtiene ningún resultado. Busca por todos los rincones, sin encontrar rastro alguno de ellos. Piensa en marcharse y continuar la búsqueda en otro lugar, hasta que algo lo detiene: un sonido. Siempre ha estado allí, pero Tolker lo ignora mientras busca desesperadamente a los desaparecidos. Ahora, por fin, deja de hacerlo.

Al principio parecen simples chirridos, débiles y extraños. Sin embargo, al prestar atención, el Olvidado comprende que son los sollozos de una mujer. Sigue el sonido hasta las escaleras. Los sollozos provienen de arriba. Sube y camina hacia el centro de la casa, donde finalmente distingue una jaula suspendida del techo.

Los llantos desgarradores se hacen más claros. Tolker comienza a pensar que quizá han encerrado allí a Silxirr. Sin poder distinguir bien las dimensiones de la jaula, el Olvidado lanza su espada contra la cadena que la sostiene. Lo que ve después lo sorprende. La jaula es diminuta; apenas hay espacio en su interior. Tolker se queda mirándola. Entonces, lentamente, una luz comienza a escapar de aquella prisión hasta que consigue llegar al exterior.

Es una mujer diminuta, tan pequeña que cabe en la palma de una mano. Tiene unas alas de libélula enormes en proporción con su cuerpo, cuyo batir produce un resplandor anaranjado, igual que el color de su corto cabello.

—Gracias... Gracias, quienquiera que seas. Gracias... —dice la mujer, mientras comienza a recuperarse de su llanto incontenible.

Tolker contempla atónito lo que tiene delante. No puede creer lo que está viendo y ni siquiera sabe cómo reaccionar. Algo dentro de él despierta al contemplar a aquel diminuto ser;

algo que difícilmente puede describirse con palabras. Tal vez ni siquiera existan palabras capaces de expresar lo que siente.

La mujer se seca las lágrimas que aún le quedan y, finalmente, puede ver con claridad a su salvador. Al notar la reacción de Tolker, se acerca.

—¿Pasa algo, humano? —pregunta.

Tolker sigue sin reaccionar. La mujer se acerca a su rostro y chasquea los dedos frente a él, obligándolo a salir de su trance.

—Eres un hada... —dice el Olvidado, asombrado, con un tono mucho más suave del que emplea con cualquier otra persona.

—Tú... ¿sabes de nosotras? —pregunta el hada, sorprendida de que alguien conozca su existencia.

—Sí. Sé de vosotras. Siempre os busqué. Siempre intenté encontrar a una y protegerla. Siempre...

Tolker no sabe qué más decir.

—Oh... Tú no sabes qué pasó con mi gente. No te culpo. Nadie podría saberlo...

—¿Qué pasó?

—Mi gente... Toda mi gente está muerta. Toda. Soy la última hada con vida en este mundo. Habría deseado morir e irme con todas las demás, pero no pude. Quien me encerró aquí me maldijo. Me volvió inmortal. Y sufrí durante años, olvidada y encerrada bajo tierra... hasta que llegaste tú. Gracias. De verdad, gracias. Mi nombre es Zailei, por cierto. Y perdón si molesto con ello, pero... de verdad, gracias.

—Tolker. Ese es mi nombre. Antes que nada, ¿has visto pasar por aquí a una mujer y a unos niños?

Zailei, el Hada sin Fin, se queda impactada al saber que hay más personas allí. De inmediato comprende que corren peligro.

—¡Tienes que encontrarlos antes de que eso los encuentre! ¡Ahora! —exclama el hada.

—¿Quién? —pregunta el Olvidado, confundido.

—No hay tiempo para explicarlo. ¡¡¡Tienes que ir a salvarlos!!!

Tolker comprende la urgencia y echa a correr hacia la salida, desesperado, seguido por Zailei. Al llegar a la entrada, el Olvidado descubre que Fersir ya no está allí. Aquello confirma su peor sospecha: ya no están solos en aquel lugar.

Ambos salen rápidamente de la casa y comienzan a buscar a los desaparecidos. Corren por toda la arboleda, entre los troncos oscuros y las hojas que parecen llamas, intentando seguir cualquier rastro que pueda indicar por dónde se han marchado o quién se los ha llevado. Continúan así durante un rato, hasta que finalmente encuentran a quienes buscan. Y también encuentran a «eso».

Silxirr, Fersir y los niños parecen sumidos en un sueño profundo del que sería imposible despertarlos. Flotan alrededor de la criatura que los ha encontrado. El monstruo tiene el aspecto de un humanoide de orejas largas, pero está tan deformado que cualquier rastro de

humanidad parece haber desaparecido por completo de su cuerpo. Cuando la criatura mira a Tolker, comienza a murmurar algo.

De inmediato, el Olvidado siente un cansancio abrumador. En cuestión de segundos, sus párpados comienzan a pesarle, como si fuera a quedarse dormido allí mismo. Zailei también se ve afectada por aquellos murmullos. Al comprender lo que está sucediendo, decide producir sonidos irritantes para impedir que ambos sucumban al sueño provocado por aquella voz casi imperceptible.

La idea surte efecto. La somnolencia desaparece. Tolker, lleno de rabia, se lanza contra la bestia y clava su espada en el brazo izquierdo de la criatura. El monstruo reacciona con violencia: agarra al Olvidado y lo lanza contra uno de los árboles. Después carga contra él, dispuesto a acabar con su vida de un zarpazo. Tolker se aparta a tiempo. Acto seguido, vuelve a saltar hacia la criatura con la intención de golpearle la mandíbula con su escudo. Pero la bestia lo atrapa en pleno vuelo y lo estampa contra el suelo una y otra vez, provocándole un intenso dolor en la espalda.

Zailei observa la escena y comprende que debe intervenir. Vuela directamente hacia los oídos de la criatura y se introduce en ellos, decidida a gritar con todas sus fuerzas. El plan funciona. La criatura suelta a Tolker y comienza a gritar de dolor, dándole el tiempo suficiente para reaccionar. El Olvidado golpea las rodillas de la bestia con su escudo hasta quebrarlas, haciendo que el monstruo caiga al suelo.

La bestia intenta levantarse, pero el Olvidado la pateo y vuelve a derribarla. Después toma su espada y comienza a golpear una y otra vez el cuerpo de aquella aberración, hasta dejarlo aún más deformado de lo que ya está. Tolker está exhausto y dolorido, a punto de caer por las heridas sufridas durante la batalla. Entonces ve a los desaparecidos y recuerda su verdadero objetivo. Avanza hacia ellos casi cojeando, mientras Zailei sobrevuela su hombro, buscando la manera de ayudar.

Cuando llega hasta los demás, el Olvidado intenta reunirlos como puede para transportarlos. En un primer momento cree que no podrá llevarse a todos: el espacio que ocupan es demasiado para abarcarlo de una sola vez. Entonces Zailei decide ayudarlo. Se encarga de presionar el anillo de Fersir para que todos puedan regresar rápidamente. Solo hace falta un parpadeo.

Al instante siguiente, los desaparecidos han regresado a la superficie. Todo el pueblo celebra su llegada, pero Tolker no puede disfrutar del momento. El cansancio finalmente puede con él y se queda dormido.

Al despertar, Tolker vuelve a encontrarse en aquella tienda de campaña. Sin embargo, esta vez no está solo. El Hada sin Fin se encuentra despierta sobre su casco y, al notar que ha abierto los ojos, se pone nerviosa y vuela directamente hasta el rostro demacrado del Olvidado.

—Estaba esperando a que despertaras. Dime, ¿cómo sabías de nosotras? ¿Y por qué querías encontrarnos? —pregunta Zailei, ansiosa, mientras observa el único ojo de Tolker.

El Olvidado comienza a incorporarse. Todavía está cansado y aturdido. Bosteza antes de responder.

—Por una promesa. Sé que vosotras sois reales por una promesa que hice cuando era niño —dice, apartando ligeramente la mirada del hada.

—¿Qué promesa?

—Una muy sencilla. Cuando era pequeño, tenía una hermana. Era dulce, especial. Era la única persona que conseguía hacerme sentir seguro. Ella os había visto una vez y, con solo aquella experiencia, quedó fascinada. Se prometió a sí misma que os protegería si algún día llegaba a encontraros. Después hice mía aquella promesa. Escuché todo lo que ella había visto y, desde entonces, siempre os tuve en mente, incluso sin haberos visto nunca...

Tolker se levanta por completo y aparta la mirada del Hada sin Fin.

—No supe qué pasó con ella. Un día desperté y me había dejado solo. Pero nunca dejé de pensar en aquella promesa. Alguna vez fue suya, pero ahora es mía, aunque seas la última hada que queda.

Zailei contempla al Olvidado. Por primera vez en mucho tiempo, Tolker parece mirar hacia la nada, sin pensar en nada en absoluto. Finalmente, ella decide hablar.

—Quienquiera que haya sido tu hermana, sonaba como la niña más pura que pudo haber existido. Si su primer pensamiento fue protegernos y, además, consiguió transmitir ese sentimiento a alguien menor que ella... debió ser una persona extraordinaria. Esté donde esté, estoy tan agradecida con ella como contigo. De verdad. Gracias por creer en nosotras... O, mejor dicho, por creer en mí.

Zailei sonríe de oreja a oreja, con unas pocas lágrimas asomando en sus ojos mientras mira a su salvador. Tolker vuelve a mirar al Hada sin Fin y esboza una leve sonrisa, una expresión que va más allá de la simple alegría por la felicidad de otra persona. Por aquella ocasión, hay paz otra vez. Y con ella, alegría.

Aquella sería la última vez que experimentarían felicidad y esperanza, al son de enormes carretillas avanzando, pasos de marcha y la mueca sardónica de un orco oscuro en la lejanía.



*¡EL ÚLTIMO SACRIFICIO! la noche maldita en que
Machu Picchu se tiñó de sangre*

* * *

Me acuerdo bien de aquel día. Desperté en la enfermería del instituto, tratando de recordar qué acababa de suceder. La cabeza me zumbaba; con la visión aún borrosa, no habría alcanzado a reconocer el entorno de no ser por difusos murmullos que tintineaban en mis oídos como el aleteo frenético de un insecto pequeño.

—Madre mía, vaya golpiza que le han dado —atiné a oír.

—Ja, como si él se hubiese quedado corto —escuché decir a otra voz— ¿tú has visto lo que le ha hecho al otro?

—Sabíais la innumerable cantidad de putas que le hicieron, y aun así ninguno hizo nada —reprochó la otra voz—. Demasiado ha tardado en responder.

Conforme escuchaba aquello y empezaba a retomar la consciencia, una dolorosa y molesta palpitación comenzaba a hacerse presente en mi nuca. Poco a poco traté de incorporarme, en lo que mi visión se recuperaba de la neblina mental.

Ya más lúcido, comencé a atar cabos, evocando los eventos que me llevaron a esa situación. Durante años, había sufrido un acoso escolar de los severos. No era persona para nada extrovertida, y mi condición física era bastante lamentable, razón por la cual siempre me ponían de portero cuando, a regañadientes, tenía que jugar fútbol en las clases de Educación Física. Bien fuera porque no daba la talla o por el hecho de que esa posición les daba pretexto para hundirme a balonazos incluso a los de mi propio equipo, nunca salía de entre aquellas dos barras de metal. Pese a que paraba algún que otro gol, lo cierto es que en esas situaciones no recibía ninguna de esas palabras de agradecimiento que aquí parecían acaparar los defensas.

Escalar en esa sociedad de castas que se formó en el centro educativo, al que debía acudir lloviera o nevase, no era nada sencillo... ¡y pobre de ti como se te ocurriera tan siquiera dirigirle la mirada a alguien que estuviese un rango por encima de ti en cuanto a popularidad se refiriera! En esos casos te ponían en tu sitio de la mejor forma que sabían; a base de hostias y maltrato psicológico. Tan reiterativo era este proceso que llegabas a un punto en el que la percepción de tu realidad se alteraba, aunque no precisamente para bien. Todas esas miradas de soslayo por encima del hombro se clavaban cual agujas en un muñeco vudú, hasta que se convertían en tu segunda piel.

Qué decir, sino que esa era mi situación, y es que se decía que, por muy pringado que fueras, tenías el consuelo de no estar en mi lugar, el de Simón Ortiz, el saco de boxeo de la clase. Gordo, distraído, gafotas y con una incapacidad absoluta para pillar el doble sentido.

Sin embargo, todo lo que tenía de distracción, lo tenía de hiperfoco, especialmente en temas que me interesasen, como la naturaleza. No obstante, y lejos de ser un empollón, lo cierto era que no sacaba notas del todo decentes. Cuando había una materia que no me interesaba, fuera mates, lengua, música o cualquier otra, no había dios que me metiese los contenidos en la cabeza. Imagino que por ese motivo mis notas no subían del cinco, trayendo a mis padres un bochorno de los grandes. Si bien es cierto que, en el caso de ciencias naturales, mi media aritmética ascendía ligeramente, pero no lo suficiente para justificar el descalabro de las otras asignaturas.

En definitiva, era como si reuniese las cualidades que te hacían un auténtico perdedor: una condición física desastrosa, un rendimiento académico casi nulo, un desinterés absoluto por salir de mi zona de confort y una desmotivación por la vida en general. Todo aquello era el caldo de cultivo perfecto para crear a este pusilánime, cuyo único contacto con el sexo femenino se limitaba a alguna chica que, habiendo perdido una apuesta, tenía que invitarme a salir con el único objetivo de dejarme en ridículo delante de mis compañeros.

No es sorpresa que una de las preguntas que se me pasaron por la cabeza fuese cómo puñetas había llegado a esa situación; en algún momento, toda la mierda que había estado acumulando durante años debió hacer que algún cable se me cruzara, o que directamente, se me cortase.

Tan solo recuerdo una mole redonda, probablemente yo, abalanzándose contra otro compañero. Al parecer, el matón de la clase y sus dos secuaces (o amantes, a juzgar por su extraña relación) me habían acorralado, tratando de robar el dinero de mi comida. Intenté resistirme por una vez en mi vida, creyendo que me dejarían en paz de una puta vez, pero solo logré que el más grande me propinase un puñetazo en el estómago e hiciese que cayese al suelo de rodillas. En ese momento, el más pequeño, el que tenía la lengua más afilada, me agarró de la oreja y me susurró con una voz casi macabra.

—Pero ¿tú quién coño te crees que eres, pedazo de basura? ¿Cómo te atreves a desafiarnos? ¿eh?

Todas esas palabras, sumadas a los no pocos insultos que me habían dedicado en los años anteriores, repiqueteaban en mis oídos como un gorgojo en la madera mientras veía como se

alejaban, riéndose de forma sonora. De repente, noté cómo mi respiración se entrecortaba y se tornaba más violenta, mi pulso cardíaco se aceleraba, y las lágrimas se formaban en las comisuras de mis ojos. Pero no eran lágrimas de impotencia como las que había experimentado anteriormente.

Mientras me incorporaba, mi mente se nublaba por la rabia y el enojo. Noté como aquella mole de grasa que era mi cuerpo pasaba de cero a cinco kilómetros por hora en lo que me dirigía hacia aquellos sayones que minutos antes me tenían retenido contra el suelo. Con el poco juicio que me quedaba, me dirigí al más alto de ellos, el cabecilla, al que embestí por detrás, pillándole por sorpresa y haciendo que perdiese el equilibrio. La incredulidad se adueñó de sus dos compinches cuando vieron cómo lograba derribarlo, a pesar de lo fuerte que se veía. Tal vez fuese por la capa de grasa que me protegió o por la adrenalina recorriendo mi cuerpo, pero no sentía apenas el dolor de la paliza que me acababan de dar.

Tan pronto como tumbé a ese capullo, este se dio la vuelta mientras aún me encontraba sobre él. Antes de que intentase golpearme, le agarré del cuello de su uniforme y le propiné un golpe en la cara, que vino seguido de otros tantos. No sé cuántos le di, ya que al tercero perdí la cuenta. Solo recuerdo caer poco después al suelo, inconsciente, con un dolor en la nuca y un incesante pitido en mi oído.

* * *

Ya con una idea más clara de lo sucedido, dirigí mi atención a la camilla de mi derecha y lo vi. El matón, Iván, se hallaba tendido en ella, con el rostro amoratado y respirando entrecortado, pero consciente. Verlo me hizo sentir una mezcla contradictoria de emociones: por un lado, el orgullo de haberme defendido de una vez por todas, y de haber tumbado a nada menos que Iván; por otro lado, la culpabilidad, pues pese a que trataba de pasar inadvertido, acababa de romper todos los esquemas. Me llevé las manos a la cabeza, horrorizado, notando como esa persona me dirigía una mirada tan amenazante como le permitía su semblante, deformado por mis puñetazos.

—Eres hombre muerto —dijo, casi en un susurro.

Unas horas más tarde, mis padres llegaron al instituto para hablar con los profesores. Unos treinta minutos después salieron de la sala del director, mientras yo esperaba cabizbajo al otro lado de la puerta. Mi madre me miraba con una expresión de enojo y un ligero ápice de decepción. Mi padre, por su parte, trataba de disimular una sonrisa de orgullo. Yo lo miré por el rabillo de mi ojo mientras me levantaba del banco y los seguía por el pasillo. Era la primera vez que mi padre me veía así. Él era consciente de mis problemas en clase, y siempre me alentó, como él decía, «a partirle su madre a esos idiotas». Yo, por mi parte, prefería no hacerlo, en parte para evitar problemas mayores, razón por la cual él siempre me miraba con una expresión de vergüenza y apatía. Hasta ese momento.

Traté de disimular el brillo en mis ojos tras recibir ese cumplido mudo, cortesía de mi progenitor. Subimos al coche y no dijimos una palabra hasta llegar a casa.

Tras ser duramente escarmentado por mi madre durante la cena, me fui a mi cuarto. Encendí la televisión, tratando de ocupar mi mente con algo. Pasando de canal en canal, encontré un documental sobre culturas del mundo. En ese reportaje, hablaban sobre una tribu procedente de los Andes. Fue entonces que recordé el viaje que íbamos a hacer a Perú para visitar las ruinas del Machu Pichu, y eso me bastó para motivarme a prestar atención a la televisión y tomar algunos apuntes.

No obstante, conforme pasaba el tiempo, me fui dando cuenta de que el reportaje no estaba tan enfocado en aquella tribu, sino más bien en el uso de una droga. Hablaban de un cactus de gran tamaño que, después de ser machacado, debía ser triturado para ser convertido en un líquido al que le atribuían propiedades psicoactivas que permitían al usuario experimentar viajes astrales o cosas por el estilo. Decidí en ese momento apagar el televisor e irme a la cama de una vez. O por lo menos, a intentar dormir, cosa que no iba a ser nada fácil, considerando lo movido que había sido el día.

* * *

Tal como anticipaba, mi sueño fue profundo. Tanto que apenas puedo recordar lo que soñé aquella noche. Al menos, hasta que llegó aquella pesadilla

Del comienzo, apenas recuerdo la sensación de sobrevolar las ruinas del Machu Picchu, observando el manto estrellado que se alzaba sobre mi cabeza. Debajo de mí parecían disponerse hogueras y cientos de individuos, que se desplazaban entre las ruinas de la ciudad hacia una hoguera más grande, situada en mitad de una plaza. Traté de discernir de qué etnia eran, si es que acaso eran humanos: al ver sus largos picos pensé que ocultaban sus rostros detrás de máscaras, como las que usaban los médicos que combatían la peste negra en la Europa medieval. Sin embargo, estas se parecían fusionarse con el resto de su cuerpo de una forma demasiado realista. A este rasgo singular cabe sumar que estaban cubiertos de unas plumas largas y blanquecinas que no hacían sino asemejar a grandes abrigos o capas de plumas que, por su aire excesivo, contribuían a deshumanizar a lo que quiera que fuesen esas cosas.

De pronto, noté como una corriente invisible me arrastraba hacia la hoguera mayor, como si fuera un metal dirigido por un imán gigante; justo cuando aquellas lenguas de fuego estaban a punto de rozarme, los seres alzaron su mirada hacia mí mientras entonaban un cántico con letras alargadas, apenas entendibles: «Iaaa, Iaaa... Yiiiig, Nuleeeh, Subniguraaah».

Cuando lograron finalmente colocarme en el suelo, vi cómo me amarraban por mis cuatro extremidades, colocándome sobre una estructura de piedra maciza con forma de mesa. Uno de ellos, cuyo llamativo penacho de plumas lo hacía destacar con respecto al resto de individuos, tomó un cuchillo con una hoja negra hecha de piedra; un cuchillo de obsidiana.

Tomó aquel pedernal con ambas manos y lo alzó por encima de mí. Entonando una plegaria, lo dejó caer con violencia.

Desperté sobresaltado, empapado en un sudor frío y llevándome la mano al pecho. Mi corazón palpitaba de forma casi frenética, como si quisiera salir de mi cuerpo. Miré a mi alrededor y respiré aliviado al ver que me hallaba en mi cuarto. Me tumbé en la cama, escuchando como mi pesada respiración acompañaba al acelerado ritmo del músculo cardíaco. Apenas pude dormir después de aquella experiencia.

Pasaron las semanas, y esa extraña pesadilla fue borrándose de mi cabeza. Lo único que parecía persistir en mi psique eran aquellas últimas palabras que Iván me dedicó: «Eres hombre muerto». Sin embargo, habían pasado varias semanas y no se habían atrevido a volver a hacerme daño. Una parte de mí se mantuvo alerta después del altercado, temeroso de que pudiese repetirse. Sin embargo, no ocurrió absolutamente nada. Perro ladrador, poco mordedor, tal y como solía decirse. O, al menos, eso pensaba.

* * *

Pasaron las semanas y llegó el viaje de fin de curso. Tal y como estaba estipulado, viajaríamos a las ruinas del Machu Picchu, viaje que no debería de ser demasiado largo yendo en avión. Sin embargo, el último tramo hubo que hacerlo en autobús. La única carretera de acceso había sido diseñada teniendo en mente la importancia de no dañar el entorno, por lo que las curvas eran muy pronunciadas y no podíamos ir demasiado rápido. Ese trayecto se iba a hacer largo de narices.

Para mi fortuna, pude sentarme lejos de Iván y de sus secuaces, que aún parecían estar rumiando la derrota de su «comandante». Imagino que el daño que habían recibido por mis puñetazos no había sido solo físico: la peor parte se la habían llevado sus egos.

Cuando llegamos a las ruinas y bajamos del autobús, pude finalmente estirar las piernas y la espalda. Miré a mi alrededor, observando los restos de la piedra maciza que aún se erigían en aquel inhóspito escenario. Había visto esas mismas imágenes en muchas páginas web, pero reconocí enseguida la poca justicia que le hacían al entorno. Era increíble que hubiesen resistido por tantos años el inexorable paso del tiempo.

El guía no tardó en llamar nuestra atención, haciendo que todos mirásemos hacia él. Mientras comenzaba a hablar, pude sentir una ligera punzada en la nuca. Me rasqué un poco, tratando de mitigarla ligeramente, hasta que unos segundos más tarde, volvía a sentirla, esta vez con algo más de intensidad. Miré a todas direcciones, hasta que lo vi: Iván se había colocado detrás del rango de visión de nuestros profesores y compañeros y sujetaba con fuerza un tirachinas. Tan pronto como me giré, hizo el gesto de pedir silencio para, acto seguido, pasar el pulgar de lado a lado de su cuello. Su mirada estaba llena de furia. «Eres hombre muerto».

El miedo, mezclado con mi instinto de supervivencia, se apoderó de mí. Decidí pretender que no había pasado nada y redirigir mi atención hacia el guía, momento en el que percibí una

silueta moviéndose rápidamente entre aquellas estructuras. Fue apenas un parpadeo, así que no estuve seguro de si alguien más lo habría visto. O de si me lo habría imaginado. Temeroso de quedar como un hazmerreír, opté por cerrar el pico y concentrarme en la explicación.

La visita nos llevó hasta la entrada de lo que parecía un templo. Una bóveda hecha de piedras macizas se erigía imponente sobre nosotros, no pude evitar que un pensamiento intrusivo me dijese lo afortunados que éramos en esos momentos de que esa enorme estructura no fuese a caer sobre nosotros. Bajando la mirada, en el centro de la estancia, pude ver una gran mesa. Aunque no parecía exactamente el mismo sitio, los borrosos recuerdos de la pesadilla volvieron de manera fugaz a mi mente.

Minutos después, salimos de aquel edificio, siguiendo al guía turístico. Y, entre las piedras de las ruinas, lo pude reconocer: un cactus de San Pedro en flor, creciendo en medio de aquellas viejas piedras. Tal y como se mostraban en el documental, la planta se veía imponente. Oteando entre las cabezas de mis compañeros, atiné a diferenciar que algunos de los tallos de esa planta habían sido cortados. No pude evitar pensar que habían sido seccionados con un cuchillo... ¿tal vez uno de obsidiana? Aquello era demasiada coincidencia... ¿o acaso me estaba autosugestionando?

Pasaron las horas y acabamos en una de las plazas de las ruinas. En ella habían preparado varias tiendas de campaña, colocadas en filas de cinco, con un tamaño pensado para permitir a un total de cuatro individuos dormir en cada una.

Mientras colocábamos nuestros equipajes en las tiendas correspondientes, un sentimiento de ansiedad se apoderó de mí. ¿Y si me tocaba dormir junto a Iván o sus compinches? Seguro que me harían pasar unas noches infernales. Sin embargo, respiré aliviado al comprobar que, aunque mi tienda de campaña estaba más o menos cerca de la suya, no me tocaría dormir con ellos. Tras una cena a base de guiso de ternera, decidimos acomodar nuestras pertenencias y ponernos a dormir. No pasaron demasiadas horas hasta que empecé a sentir la llamada de la naturaleza y unas ganas de mear bastante fuertes. Procurando no hacer demasiado ruido, a fin de no despertar a sus compañeros, me levanté, separé las telas de la entrada de mi tienda, y me dirigí a un lugar más apartado para hacer mis necesidades. Sabía que era un lugar con un valor arqueológico incalculable, y muchas personas lo consideraban hasta sagrado, pero mi necesidad de miccionar era mucho mayor que mi miedo a lo que pudiesen decir.

Me alejé varios metros y me dispuse a orinar tranquilamente. Después de unos cuantos segundos, me dispuse a regresar a la tienda sin más iluminación que las estrellas y la luna, cuya fase creciente apenas había empezado. De pronto, un rostro iluminado por una linterna me sorprendió en mitad de la noche. Tardé unos segundos en darme cuenta de quién era, pero no tuve tiempo de reaccionar cuando Iván me propinó un puñetazo en el estómago, haciendo que retrocediera algunos centímetros. Pronto noté las manos de sus secuaces sujetándome las muñecas y colocándolas detrás de mi espalda, lo que le facilitó a ese desgraciado la tarea de soltarme más y más golpes. Noté como poco a poco me hacía retroceder, hasta que acabé perdiendo cualquier punto de apoyo. Al principio pensé en que había dado con un pequeño

socavón, pero descarté esa teoría tan pronto como ese mastuerzo me dio un empujón, y me sentí caer colina abajo.

Dolorido, aturdido y desorientado, me levanté como pude, mientras alcanzaba a escuchar maldiciones o amenazas por parte de mis agresores: «puto gordo», «saco de mierda», «como vuelvas, te matamos». Sin embargo, sus voces se escuchaban cada vez más lejanas.

Miré hacia la pendiente por la que me había caído y ya no estaban allí. Pese a que mi cuerpo estaba magullado y al borde del entumecimiento, logré recuperar la compostura, y por segunda vez, experimenté unas ganas incontrolables de partirles la cara a esos capullos.

Empecé a caminar por la arboleda, rumbo a ninguna parte; bueno, rumbo a donde creía que estaba el campamento. Aunque la rabia y la confusión no me ayudaban demasiado a orientarme. Fue en medio de aquella oscuridad que creí vislumbrar una pequeña luz anaranjada en mitad de las ruinas. Creyendo que procedía del campamento, avancé hacia ella. Por su color y titileo parecía proceder de una hoguera, imaginé que la habían encendido mis compañeros, tal vez para contar historias de miedo o cantar canciones.

Sin embargo, conforme me aproximaba a ella, una extraña melodía empezó a retumbar en mi cabeza. Parecía un cántico, acompañado por tambores y por un extraño zumbido. Sin tener muy claro qué era lo que me movía, logré llegar al claro en medio de aquel bosque. Lo que allí me encontré me resultó sobrecogedor: alrededor de una gran fogata, varias figuras parecían orar, cantar y bailar. Pero aquellos no eran mis compañeros.

Cuando achiné los ojos para verlos mejor, me percaté de lo similares que eran a lo que vi en mi pesadilla. Poseían un cuerpo alto, cubierto de unas largas plumas de un color similar a la ceniza que habría ofrecido un excelente camuflaje en la noche. Desde la base de su cabeza salían unas protuberancias con forma de guadaña que evocaban la apariencia de un inmenso pico. Caminé, ignorando lo que había a mi alrededor; sentía que aquel fuego ejercía sobre mí algo así como una atracción hipnótica.

No parecieron percatarse de su presencia hasta que el crujido de una rama bajo mi calzado interrumpió su ritual, ceremonia o lo que carajos estuvieran haciendo, momento en que dirigieron su atención hacia mí. Solo uno de ellos seguía a su rollo; estaba sentado de espaldas a la multitud, completamente concentrado en un objeto que tenía en su regazo. Su hombro derecho se movía con energía, lo cual me hizo pensar que estaba triturando algo en mortero o similar. Cuando vi los tallos de cactus de San Pedro a la izquierda de aquel individuo pude deducir lo que estaba sucediendo: estaban a punto de consumir *huachuma*.

Antes de poder reaccionar, dos de esos individuos me sujetaron con unas manos que, a jurar por la textura, ni siquiera eran humanas. De hecho, tenían una consistencia pesada y una textura entre escamosa y verrugosa, como las patas de un ave. Me tumbaron en el suelo, mientras trataba de liberarme de su feroz agarre sin ningún éxito. De pronto, el ser que estaba machacando el cactus se levantó, se dio la vuelta, y se acercó a mí, portando aquel extraño mejunje en las manos. Los dos que me sujetaban me forzaron a abrir la boca y me cubrieron la nariz, permitiéndole verter aquel amargo líquido en mi boca. Tras tratar infructuosamente de

escupirlo y temeroso de acabar asfixiándome, tragué aquella espesa esencia, dejando que su amargor infestase mi garganta.

Pasados unos minutos de angustia, mi visión se volvió borrosa y mis extremidades se sintieron más ligeras. Me retorció con menos violencia, por lo que aquellos seres optaron por aflojar su agarre y dejarme más suelto. A pesar del susto, no traté de huir. Al contrario, por primera vez en mucho tiempo, me sentía cómodo. No conocía de nada a esas personas, si acaso lo eran siquiera, pero gracias a ellos, o a la *huachuma* que me dieron, me sentía mucho más relajado, como el abrazo de una madre, pero distinto de un modo u otro. Me sentía libre, incluso parecía que me movía con mayor soltura a pesar de lo gordo que estaba. Fuera lo que fuera, era una experiencia maravillosa. Una voz gutural, pero cálida al mismo tiempo, me envolvió con una quietud serena, y me dijo unas palabras que no logré entender dentro de aquel contexto: «la muerte es solo un nuevo comienzo». Y después una sola palabra: «sacrificio».

Me sumí en un letargo y tuve sueños extraños. Yo caminaba por el campamento, pero al mismo tiempo no era yo. Mi tamaño era más grande, mi cuerpo más ligero. A mi lado caminaban aquellas criaturas aviares. «Sacrificio». Señalé una de las tiendas de campaña con una mano negra. Los pájaros asintieron. Uno entró en la tienda. Se escuchó un grito. Y, después, el silencio. El ser salió de la tienda y me ofreció un cuchillo de obsidiana. Señaló otra tienda de campaña. Y yo me dirigí a ella. A partir de allí, todo se volvió confuso... Iaaa, Iaaa... Yiiig, Nuleeeh, Subniguraaah...

* * *

Desperté unas horas más tarde, notando como el cielo cambiaba del negro de la noche a un añil leve, con el astro rey aun luchando por emerger. Aun así, la claridad me hizo abrir los ojos y estirarme, emitiendo un sonoro bostezo. No estaba seguro de lo que había dormido, pero me sentía como si hubiese descansado como un bebé. Y en efecto, así me sentía: renacido, como si me hubiera quitado una pesada carga de encima.

Miré a mi alrededor y vi cómo las tiendas de campaña se dejaban entrever entre las tenues neblinas de la mañana. No había duda de que estaba en el campamento, pese a que no sabía muy bien cómo había llegado hasta él. Fue entonces que me di cuenta de que había un bulto a mi lado. A pesar de que tenía una consistencia muy parecida a la humana, estaba frío. Lo miré, y tardé en procesar lo que estaba viendo: se trataba del cadáver ensangrentado de Iván.

Un torrente de pensamientos y sensaciones fluyó por mi mente, pero, en medio del caos, logré aferrarme instintivamente a solo uno de ellos: tenía que pedir ayuda y tenía que hacerlo ya. Corrí en busca de los profesores, pero no tardé en tropezarme con algo. Era el cuerpo del esbirro de Iván, el bajito, completamente inmóvil y con su rostro congelado en una mueca de dolor. Y, algo más lejos, los del resto de mis compañeros y profesores. Ni siquiera el guía se había salvado. Todos mostraban una herida profunda en la garganta, que indicaba que habían sido degollados. Y, bajo ellos, un charco rojizo, aún pegajoso por la coagulación de la sangre.

El impacto fue tal que ya no fui capaz de sostener mi conciencia por más tiempo y, simplemente, me desmayé.

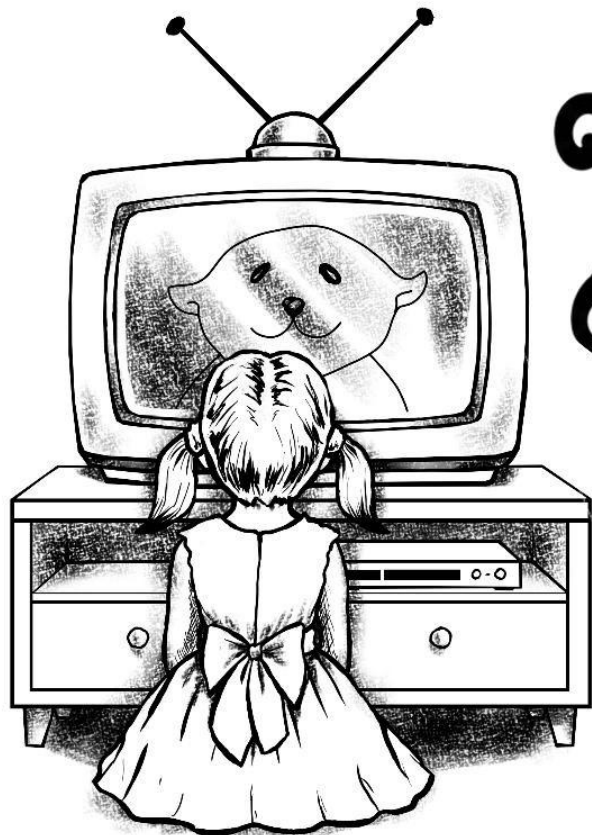
* * *

Una ligera picazón en mis testículos hace que comience nuevamente a recobrar el sentido. Siento que ha pasado mucho tiempo, pero estoy confuso. Trato de mover mi brazo derecho, lo siento muy pegado a mi torso. Pero no puedo mover mis brazos. La fría luz led que alumbraba la estancia me permite discernir esta habitación de color blanco, con paredes acolchadas. En un rincón hay una pizarra con una serie de recortes de periódico. Desde mi posición medio fetal, tendido como estoy en el suelo, atino a leer los encabezados: «Masacre en el Machu Picchu», «Menor de edad detenido como principal sospechoso de la matanza en Machu Picchu», «Sacrificio multitudinario en las ruinas de la ciudad de las nubes...». Ahora sí que recuerdo todo... el juicio, el testimonio, las evidencias... todas y cada una apuntando hacia mí. Huelga decir que, aunque juro que es la verdad, mi historia de los hombres pájaro no ha resultado creíble en absoluto. Me han dicho que al menos me ha salvado de acabar en la cárcel, pero no sé si esto es mejor.

Me levanto como puedo del suelo y golpeo estos mullidos muros, tratando de llamar la atención de alguno de los médicos que recorren los pasillos de esta institución de salud mental.

—¡Fueron los pájaros del cactus! ¡Los pájaros del cactus!





Las chicas mágicas

por Eddie Hamilton

«No estoy loco. Mi realidad es diferente a la tuya.»
—Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

* * *

Alice siempre había sido una niña normal y feliz, que vivía con sus padres y su perrita Coco en un agradable barrio de los suburbios donde todo era tranquilo y nunca pasaba nada. Su casa era un acogedor chalet con jardín y piscina en las afueras de una gran ciudad. El vecindario era una comunidad muy unida y siempre había eventos en el barrio, barbacoas o fiestas de la comunidad. Una vida ordinaria de la clase media de los suburbios

A Alice le encantaban los dulces y, sobre todo, le encantaba comer helado los días calurosos de verano. También le encantaban las cosas monas y adorables como los conejitos o los koalas; de hecho, su cuarto parecía el cuarto de una princesa, lleno de peluches, flores y tonos pastel. En su pequeña mesita solía celebrar fiestas del té a las que invitaba a todos sus amigos imaginarios y peluches por igual, le encantaba pensar que era una gran duquesa que organizaba eventos elegantes para sus amigos.

Alice siempre estaba en su mundo de fantasía, con sus peluches y sus historias de galantes caballeros que salvaban a damiselas en apuros de malvados brujos. No tenía tiempo para prestarle atención a la televisión como hacían casi todos sus amigos, ella tenía más imaginación que todas esas bobas historias juntas.

Un día, cuando su padre estaba en su despacho ocupándose de su hobby de construcción de barcos y su madre atenía las flores de su frondoso jardín, Alice salió de su habitación para tomarse una rebanada de pan con mermelada. Al pasar por el salón para llegar a la cocina, la tele dio un par de pantallazos y se encendió, asustando a la pobre Alice, aunque por poco tiempo. Porque al otro lado de la pantalla había una nutria mirándola fijamente.

Y era una nutria monísima. Más mona que una cesta de cachorritos envuelta con lazos rosas y cubierta de flores. Alice sabía lo que eran las nutrias gracias a la excursión al zoo que hizo con su clase la semana pasada, pero ninguna de aquellas resbaladizas criaturas podía compararse a la que estaba viendo en pantalla.

«¡Hola!»

Alice dio un respingo. Juraría que esa nutria se estaba dirigiendo a ella. La nutria la miró con una expresión ceñuda.

«¿Tus padres no te han enseñado nunca que es de mala educación no contestar cuando te saludan?»

Alice parpadeó confundida. «Ah... perdona, hola...»

La nutria le regaló una deslumbrante sonrisa. «¡Eso está mejor! ¡Soy Sentín, la Nutria Mágica!»

«¿La nutria mágica?» Alice no recordaba haber oído hablar de ese programa, nadie en su clase debía de verlo, si no, habría sido la comidilla del patio de recreo.

Sentín asintió vigorosamente. «Vengo del Planeta Imperatore en busca de niños elegidos para que me ayuden a vencer al malvado Inmortus. ¡Ese villano se ha hecho con nuestro hermoso planeta verde y lo está usando para sus perversos planes!, ¡Tienes que ayudarme!»

Alice era solo una niña, ella no sabía mucho de la vida, pero lo que sí sabía era que los programas infantiles nunca hablaban directamente con las personas, era algo que simplemente no pasaba. Si su madre estuviese allí, le habría dicho que se alejase de los desconocidos y que apagase la tele. Pero por alguna razón no podía apartar la vista de la pantalla ni de la cómica criatura que la ocupaba... algo en ella le llamaba desde lo más profundo de su ser.

«¡Es la hora de la acción! ¡Prepárate para la transformación!»

Y Alice se sentó frente al televisor.

* * *

Algo nuevo y emocionante surgió en el interior de Alice aquella mañana en la que descubrió aquella serie de televisión que le cambió la vida; algo especial, y mágico. No podía pensar en otra cosa, no podía ver otra cosa en la tele que no fuesen Los Chicos Mágicos, se acostaba pensando en esa serie, al dormir soñaba con esa serie y, al levantarse, era en lo primero que le venía a la mente. Todas las tardes, al volver del colegio, lo primero que hacía era sentarse frente a la tele y ver las aventuras de Sentín y sus amigos mágicos Justin y Mary. Sentía que ellos la entendían, que la hacían ser parte de sus aventuras.

Sus padres, preocupados por la creciente obsesión de su hija, preguntaron en el colegio. Pero, por desgracia, ninguno de los otros padres recordaba que sus hijos estuvieran viendo ese programa. Finalmente, decidieron no darle demasiada importancia, quizás fuese uno de esos canales locales de bajo presupuesto. A Alice le gustaba, y parecía ser un programa bastante educativo, por lo que lo dejaron pasar. Pero el comportamiento de Alice solo fue a peor...

Quien antes había sido una niña dulce e imaginativa, amable con todo el mundo y amistosa, se volvió una persona retraída y antisocial, sus cuadernos estaban llenos de dibujos de nutrias y estrellas mágicas, en el recreo se la pasaba sola rehusando participar en cualquier juego que no se ajustase a los patrones que ella exigía e, incluso, algunos compañeros juraban que a veces la escuchaban hablando sola. Muchos de los niños no querían estar con ella, y lo que antes eran burlas y comentarios malintencionados pronto se convirtió en temor y silencios incómodos. Alice comenzó a ser propensa a ataques de ira e histeria cada vez que uno de sus compañeros insultaba a su serie o se burlaba de ella. No fueron pocas las veces que tuvieron que acudir sus padres al despacho del director porque su hija había empujado a otro compañero contra las gradas. Si seguía así, acabaría expulsada.

Pero Alice no parecía darse cuenta de su comportamiento. Al final del día, ella volvía a su casa, a sentarse frente al televisor y devoraba cada imagen y frase de cada episodio como si fuese su nueva religión.

«Los amigos no dicen cosas feas de otros amigos. Ellos no son amigos de verdad. No necesitamos amigos falsos». Sentín la nutria mágica siempre sabía cómo hacerla sentir mejor, era como si le leyese el pensamiento y cada episodio se adaptase a sus necesidades. Nadie la entendía, no querían hacerlo. Solo se burlaban de ella, eso no eran amigos de verdad.

«No necesitamos amigos falsos» repetía ella con convicción.

Sus padres, en un intento desesperado por sacar a su pequeña de aquella extraña fase intentaron directamente apagar la tele y decirle que saliese a jugar con otros niños, pero Alice empezó a gritar y a convulsionar de manera incontrolada hasta el punto en que temieron que sus constantes forcejeos provocasen que se hiciera daño a sí misma. Cuando la tele volvía a encenderse, la niña volvía a su actitud retraída de siempre, como si nada hubiese pasado.

Sin embargo, cada noche, su madre juraba que podía sentir como unos ojos llenos de veneno se clavaban en ella mientras descansaba en la cama. Pero, cuando se incorporaba, no había nadie allí. Sin embargo, esa sensación de estar siendo vigilada no desaparecía, esa palpitante sensación en la nuca, fría como el hielo que le ponía la carne de gallina. Había alguien más en esa habitación con ella y su marido.

Podía sentirla a veces, el tacto de una gélida mano que se deslizaba por las mantas en una siniestra caricia. A veces no era una mano, a veces era algo duro y fino, algo en lo que prefería no pensar. Estaba ahí, de pie. Mirándola. Recorriendo su cuerpo con la mirada, planeando su siguiente movimiento. *«No interfieras».*

Y luego se desvanecía en la oscuridad.

* * *

Coco, su perrita ladraba a su lado, ansiosa de atención, mientras Sentín y sus amigos se enfrentaban al esbirro de turno de Inmortus.

«¡Ese lobo malvado, tiene que irse! ¡Tiene que desaparecer!» Aquellas palabras resonaron en la mente de Alice durante días. *Tiene que desaparecer. Tiene que desaparecer. DesaparecerDesaparecerDesaparecer.* Miró con desdén a Coco, que dormía plácidamente en un cojín. ¿Desde cuándo su perrita se había vuelto tan molesta y desobediente? Era una perra mala, eso era lo que era. Como los hombres lobo malvados de la serie.

Aquella tarde Coco salió a la calle y no volvió.

Cuando le dieron la noticia Alice no lloró, ni siquiera mostró ninguna clase de emoción. Simplemente asintió y volvió a su programa.

En la oscuridad de su cuarto, antes de acostarse sacó de la funda de su almohada el desgastado collar de Coco, y lo acarició con dulzura.

«Era una perra mala».

Lo último que salió de sus labios en un susurro antes de que el sueño venciese a Alice fue una frase que más que una muletilla era una oración.

«Es la hora de la acción. Prepárate para la transformación».

* * *

A la mañana siguiente, su madre se despertó temprano como era habitual para preparar el desayuno. La casa estaba en un completo silencio, un silencio diferente al de todas las mañanas, pero la madre, completamente ajena a ello, ignoró el mal presentimiento. Poco después su padre se despertó, se aseo, se afeitó y marchó a la cocina a desayunar, dando un beso en la mejilla a su esposa. No había ni rastro de Alice.

En un principio, aquello no preocupó a sus padres, pues estos sabían que Alice podía llegar a ser una dormilona. Y dado su extraño comportamiento en las últimas semanas quizás le venía bien una buena noche de descanso, y a ellos también.

Su padre se bebió el café. Alice no salió.

Su madre preparó las tostadas para el desayuno. Alice no salió.

Su padre puso el noticiario matutino. Alice no salió.

Las tostadas estaban correosas, la leche se había enfriado. Y su hija Alice seguía sin salir. Quizás estuviera enferma. Pensó la madre con cierto alivio, sintiéndose inmediatamente culpable. Pero ni toda la culpabilidad del mundo no podría prevenirles de lo que encontrarían al otro lado de la puerta del cuarto de su hija.

Cuando sus padres abrieron la puerta, encontraron una masa deforme y sanguinolenta en la cama de su hija, el cuerpo de una pobre criatura que había sido deformado al extremo: su piel estirándose hasta el punto de romperse, exponiendo los músculos, huesos deformados sobresalían del cuerpo en ángulos que no eran humanamente posibles, los ojos habían sido distorsionados hasta tal punto que solo quedaban los globos oculares flotando en unas enormes cuencas vacías, la boca ensanchada al máximo en una sonrisa siniestra, mostraba dientes torcidos y separados. El pijama rosa de unicornios, completamente raído y manchado,

colgaba hecho jirones de lo que antes había sido un cuerpo humano. La madre de Alice gritó y se desmayó, su padre palideció y vomitó en el acto. Ambos progenitores, destrozados como estaban por ver el cuerpo inerte y malformado de su niña, no se dieron cuenta que lo que antes había sido una figura humana, sospechosamente ahora se parecía a una nutria. A una nutria de dibujos animados.

Mientras que la policía y los servicios de emergencia se llevaban el cuerpo de Alice e interrogaban a sus alterados padres, en otra ciudad, a miles de kilómetros de la de Alice, un niño se sentaba frente al televisor para ver las aventuras de Sentin, Justin, Mary y Alice.



HORIZONTE PROCEDURAL

V1.3.7

POR PABLO PELLUCH



*Hay videojuegos que generan sus mundos sobre la marcha.
Pero si el mundo no tiene límites, tampoco los tiene la
partida... ni el tiempo que pueden pasar dentro de ella.*

* * *

Sigo a Fani hasta la cocina. La mochila, a reventar de libros y apuntes que llevan meses sin ver la luz del día se interna unos centímetros más en mis lumbares.

Sentado a la mesa está su hermano, desparramado en la silla como si fuera líquido, jugando a la Gameboy. Suelta risillas idiotas al lado de un vaso de Cola-Cao enorme, del tamaño de cuando te pides McMenú gigante.

Tiene como treinta años y una pelusilla repugnante sobre el labio, pringosa de leche chocolateada.

—Buenas —le digo, más por experimentar que por educación.

Me mira y se lanza a parlotear en su idioma incomprensible, una mezcla de sílabas que parecen palabras, pero no lo son. Es como si lo hubiera activado: ahora no se calla. En mi cabeza, como saliendo por un altavoz, aparece la voz de mi madre: «Tiene la mente de un niño de doce años».

Aunque a mí eso no me parecen ni doce años, envidio la felicidad del muy cabrón.

—Venga —dice Fani, ignorándolo y abriendo la puerta del sótano, que hace sonar unas campanillas, que suenan como si el Infierno tuviera campanillas para anunciar cuando llega alguien nuevo.

Tenía la esperanza de que si me quedaba lo bastante empanado escuchando los trabalenguas de su hermano mayor, me cogería de la mano o algo así para que la siguiera.

No sucede.

Bajando las escaleras, me parece escuchar entre todo el sinsentido del hermano la frase «Nos vemos en unos años, pavo» y se me erizan los pelos de la nuca. Nah, es solo la angustia por volver al sótano de Fani, así que lo ignoro. Pronto se me está metiendo por los agujeros de la

nariz todo ese olor a Fani reconcentrado. Se sienta en el escritorio en el de la esquina y enciende uno de los dos Pentium. Suelta ruiditos que no hace ningún ordenador normal. Dejo la mochila en el suelo y suspiro, pero no me pregunta «¿Qué te pasa?» porque así es Fani. Así que digo:

—Lo he estado pensando.

—Hoy lo conseguimos fijo. No te rayes, pavo.

—No hablo del juego. Quiero decir que, si nos ponemos a piñón hoy, todo el día y toda la noche y vamos de empalmada a los exámenes, igual podemos recuperar cuatro. Con eso, nos pasan de curso. Y nos vemos en primero de bachiller.

Ahora la que suspira es Fani, terminando en una especie de gemido agudo. Eso me despierta emociones complicadas. Se agacha para encender el Pentium que uso yo.

—Tranqui. La solución está aquí —da una palmada al monitor—, no ahí —señala mi mochila.

—Sigo sin entenderlo.

—Ni falta que te hace.

Ella se queda mirando la pantalla de arranque del Windows 95. Siempre se queda mirando las pantallas de carga, como si fueran a dejar de cargar si no las mirara. Por otro lado, no entiendo por qué la 95 es una versión mil veces más vieja que la 10, pero el caso es que lo es. La vista se me va del monitor a ella, con esos mechones de pelo negro churretoso pegándosele a la frente. Está haciendo lo de apoyar las tetas en el escritorio y me pregunto si se da cuenta o no. Ante esa visión, la voz de mi examigo Julio es la que aparece en la sala de cine que tengo en la cabeza, cuando un día, antes de entrar a clase, me arrinconó y me dijo:

—Estás a tiempo de huir.

Aunque sabía de sobra de qué hablaba, me hice el loco.

—¿De qué?

—De Fani, bro. Ni le molas, ni te la vas a tirar, ni nada.

—Pero si yo...

—He estado ahí, bro. Solo quiere alguien que la siga en sus putas locuras.

Qué sabio, el cabrón.

Cada uno hace clic en el mismo icono de su monitor fábrica de migrañas... ella se queda mirando cómo carga el juego con esos ojos un poco achinados que tiene. Esos ojos que en algún momento de toda esta historia que me va a llevar a repetir curso me parecieron bonitos.

—Mi viejo me ha dicho que como repita me manda directo a la academia militar.

No *creo* que lo haga, sobre todo porque se cree que me paso las tardes y los fines estudiando a muerte con esta trastornada. Supongo que se conformará con pensar que soy imbécil: nadie puede repetir estudiando tanto.

—No vamos a repetir, pavo. Ya verás.

La unidad de disco zumba. En su interior, gira el CD pirata que contiene el juego obsesión de Fani, junto a otros también la hostia de viejos, pero mucho mejores. Y ya estamos en *Causal*

Horizon. Por los altavoces aúlla viento como si pasara a través de una lata. Esa es toda la música que hay en el juego.

Una tía buena con ojos rojos y una coleta alta larguísima, vestida con una armadura que es como un corsé de tía que hace sadomasoquismo —su personaje— se aleja de mí.

—Por ahí —dice Fani—. Es por ahí.

Este juego es una puta desgracia. La oración «Por ahí» —si es que es una oración, yo no lo sé— no tiene ningún sentido. Al principio pensé que el juego iría cambiando, que aparecerían nuevos escenarios a medida que avanzáramos. Ríos, montañas, una cueva, un desierto: algo. Pero el único escenario del juego es una llanura soleada con césped, píxeles grandes como muestras de moqueta: todo el terreno es igual.

Hace un par de meses se me ocurrió que podríamos orientarnos gracias al sol cuando comprobé que se movía en el cielo. Pero tras quedarnos mirándolo unas cuantas horas —pese a las protestas de Fani, que solo quiere ir «por ahí»— descubrimos que nunca se pone; hace un movimiento de anillo en las alturas. Así que siempre estás caminando hacia el horizonte y no hay puta forma de orientarse. Bueno, hay una, pero...

—¿Quieres dejar de revivir a todos los putos malos? —digo.

—Soy nigromante, pavo.

—Son la única forma de saber si hemos estado en un sitio o no.

—Sé perfectamente dónde estamos.

¿Cómo puedo tener tantas ganas de partir la boca que tanto deseo?

Dicen que en los videojuegos, como en la vida real, si el camino está lleno de enemigos es que estás en la dirección correcta. *Goblins*, *trolls*, escorpiones y ratas gigantes, dragoncitos, guerreros con armadura... los reventamos sin piedad, ella con sus monstruos esclavos, yo a mandoblazos de cruzado. Entro en una especie de trance en el que cada enemigo es un profesor gilipollas, algún imbécil de clase o mi propio padre dejándome folletos de la academia militar encima de la cama. Si lo de los enemigos es verdad, debo de estar a punto de pasarme la vida.

Llevamos un mes sin ver ningún tipo de enemigo nuevo. Empezaron cambiando de color a medida que, al contrario que en el insti, progresábamos adecuadamente. Los primeros eran verdes, luego rojos, morados... ahora son todos negros. Es obvio que este juego no tiene un final y Fani se niega a reconocerlo. Su personaje está en nivel 99 y el mío en 98, pero está claro que no se puede pasar de ahí. La maldita sangre desaparece del suelo y cuando matan a los zombis de Fani, estos parpadean y desaparecen también.

Su modo de jugar es histérico, si este juego le importara a alguien, podría subir un *speedrun*. No se detiene, ignora objetos, ignora cuando le digo que hay enemigos en cualquier dirección que escojamos. Le da todo igual: se empeña en seguir siendo la guía psicópata de esta *quest*, convencida de que hay una dirección que seguir y que encima ella la conoce.

Suenan las campanillas del infierno. Fani apaga los monitores deslizándose líquida por el sótano y hunde la cabeza en los apuntes, que llevan meses atascados en la estructura de la célula procariota. Su madre nos baja unos sándwiches y unas Coca-Colas.

—Seguro que os va genial —dice.

—Pues claro —dice Fani.

Su madre sonríe y se marcha, orgullosa de la segunda pirada que tiene por hija.

Me paso la mano por la cara sudorosa y me la seco en los pantalones cortos. En el primer ventanuco de arriba de la pared veo el destello de lo que tiene que ser la Luna. Los dos ventanucos son una cosa inútil, dan al suelo del jardín y no se pueden abrir. A veces puedo sentir el peso del aire viciado sobre los hombros.

Miro a los dos catres, el suyo y el mío, mientras mastico el sándwich como una vaca. Su hermano antes vivía en esta habitación, pero se mudó al piso de arriba y Fani ha ocupado el sótano. También se apropió, para desgracia de todos, de sus dos ordenadores viejos y acabó encontrando este puto juego.

Sigo mirando los dos catres cuando Fani enciende los monitores de nuevo. Mañana vamos a suspender todo y a repetir curso. Friqui y repetidor, menuda combinación asquerosa me ha tocado en la vida. Pero quizá esta noche me atreva a dar un paso... y le pueda decir a Julio: «Repetidor, sí. Virgen, no». Aunque, ¿a quién quiero engañar? Me conformaría con dormir abrazado a ella.

El horizonte nunca está más cerca, hay cierta ilusión de movimiento, pero poco más. El cielo se va volviendo de un azul pálido a medida que se funde con el suelo en la lejanía.

Más enemigos. Más campanillas. Fani apagando los monitores. Fani fingiendo que estudia las células procariotas. Su madre con una pizza y una Coca-cola de dos litros.

Me guiña un ojo. La veo borrosa a través de mis ojos doloridos e inflamados.

—Va a ser una noche larga, pero ya verás cómo merecerá la pena. En unos años os acordaréis de esto y os reiréis —me dice, sonriendo.

—Ya que voy a repetir, concédame el honor de hacer el amor a su hija.

Esto no lo digo en voz alta.

La Luna llega al segundo ventanuco. Los enemigos mueren para ser levantados por Fani, que de vez en cuando dice «Por ahí» y yo le miro el culo en tanga de cuero. Siento la cabeza como un globo a punto de estallar. Es como si llevara puestas unas gafas al rojo vivo, ¿cómo vivía la gente con estos monitores? Pensaba que al ser más grandes serían mejores, pero son una putísima mierda.

Pongo la botella de plástico en vertical tratando de capturar las últimas gotas. Tengo los dedos agarrotados. Me fijo en los libros que hay en el estante de la pared.

Llevan escrito en una etiqueta el nombre de su hermano.

No son libros sobre los colores y los nombres de los animales.

Son libros de segundo de bachillerato.

—Fani, ¿cómo es que...?

—¿Cómo es que me estás dejando tirada y no te dedicas a abrirme camino? No lo sé, yo tampoco lo entiendo.

Suenan las campanillas. Su madre aparece con unas pizzas y una Coca-Cola de dos litros. ¿Por qué estamos cenando otra vez?

La luna reptaba hacia el primer ventanuco. Salvo porque eso es imposible.

Me vuelvo hacia Fani. Está encorvada, la nariz sobresale como un garfio entre los mechones de pelo grasiento.

El escritorio hace lo que yo deseo hacer.

No quiero matar más. Quiero amar.

Me levanto.

—Fani.

—Joder, que ya estamos casi. No seas impaciente.

Me acerco hasta quedarme de pie a su lado.

—Fani.

—¡Que te van a matar! Como mucho, cien malos más... o cruzar el horizonte otro par de veces, lo que pase primero.

—Fani, ¿sabes lo que quiere decir «procedural»?

—¿Qué? ¿Quieres ponerte a estudiar ahora?

Le pasa como a mí: para ser friqui, es tontísima.

—¿Te piensas que el *tarao* que diseñó este juego se pasó años decidiendo dónde iba cada enemigo? Hay videojuegos... como este, que debió de ser de los primeros... que se crean «al vuelo»... el juego se fabrica a medida que lo jugamos, vamos, que no tiene final. La máquina no se va a cansar nunca.

Fani se ríe echando la cabeza para atrás, el pelo se desliza hasta su espalda, puedo ver el acné aceitoso que le perla toda la frente.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Un enemigo se alza de entre los muertos.

—Por ahí.

Le pongo las manos en los hombros.

—Vamos a dormir. Al menos...

Sus ojos un poco achinados miran a los míos por primera vez en todo el día.

—Al menos, ¿qué? —dice ella.

Mis manos siguen en sus hombros, sintiéndola.

—Al menos hagamos los exámenes algo descansados, ¿no?

—Para haber cateado seis te crees que lo sabes todo.

La quiero matar y luego decirle a Julio que tenía razón en todo.

—¿Qué se supone que sabes tú? ¿Eh? ¿Por qué no me lo dices de una vez?

—El juego tiene un final. Eso es lo que sé.

Mi dentadura, sin rastro de esmalte, corroído por los litros de Coca-cola, rechina. Sin despegar los dientes, gruño:

—Nadie ha dicho ni una palabra de este juego en internet, cosa que por otra parte no me extraña, ¿cómo coño vas a saber tú eso?

Inspiro todo el aire sólido del cuarto en mis pulmones mientras espero una respuesta. Fani sonríe como quien le tiene que explicar algo evidente a un niño pequeño.

—Me lo dijo mi hermano.

La visión se me nubla. Voy a repetir curso virgen por lo que el hermano bicho raro le dijo a esta colgada. El cuerpo me hierve. Escucho un rugido monstruoso, una bestia que exige muerte.

No ha sido en mi cabeza. Ha salido de los altavoces primitivos del ordenador, haciendo bailar las pelusas que cubren las almohadillas.

Fani me mete un manotazo en la muñeca como único contacto físico posible por su parte.

—Venga. Ya estamos.

Me siento al ordenador y miro lo que aparece en el horizonte. Un ser negruzco y titánico se encarama a esa línea inalcanzable como si fuera el bordillo de una piscina. Parece tener más brazos de los que corresponden y lleva un casco cilíndrico. Todo el ser se ve hecho como de un negro transparente salvo por la abertura vertical del casco, en cuyo interior solo se ve negro puro y sólido, de píxel muerto. Extiende sus brazos hacia nosotros, señalándonos con sus afilados índices hasta que ocupan toda la pantalla.

Me quedo ensartado en uno de sus dedos índice.

Fani manda a sus tropas a morir contra esos dedos.

Pego mandoblazos a la mano, pero la cosa no me suelta y mi pantalla se vuelve un borrón de horizontes mientras la criatura me bambolea de un extremo a otro.

—¡A los dedos, pavo! ¡Dale en los que no lleva anillos!

Le hago caso y logro cercenar uno, caigo al suelo.

—¡Entretenlo! —me ordena.

Me dedico a esquivar y a amputar, enloquecido por la falta de sueño, la taquicardia de la caféina y por todo lo que estaba pensando hace unos segundos.

Algo se rompe en mí. Me dejo ir. Todo mi interior, mis preocupaciones, mis pensamientos sobre el momento en el que un profesor me coloque ante mis nuevos compañeros de un curso menos con algún chascarrillo tipo «Este es un profesional» o sobre qué aspecto tendré rapado, se funden. Se funden para convertirse en un líquido que guía mis dedos para hacer lo que mejor sé: jugar a este puto juego olvidado.

Tardo un rato en comprender qué es esta sensación. Me estoy divirtiendo como nunca. Estoy trabajando por un objetivo común con una amiga a la que quiero.

Suenan las campanillas. Fani, por primera vez en su vida, hace lo que deseo: no apaga el monitor. Solo grita:

—¡Ahora no!

Y yo le pido perdón a la mamá de Fani. En algún punto de mi cabeza.

—¡Corre, joder, me va a matar! —grito a mi amiga.

Veo el tanga de cuero alejarse hacia el horizonte.

En el sótano parece haber una neblina pegajosa, como cuando sales de la ducha. Por encima de los gruñidos de mi personaje y el sonido de la carne trepanada, escucho la risa de Fani.

—¡Menos mal que aquí aún no sabía usar la nigromancia!

Miro a su monitor por un segundo, pero es suficiente. Entre ella y el jefe hay un par de goblins verdes de mierda y unas cuantas ratas. Son los primeros enemigos del juego.

Escucho el sonido de hechizo de revivir saliendo de los altavoces de Fani. En mi monitor, su personaje es apenas un píxel neblinoso que corre y brinca.

—Te jodes —sentencia Fani.

El gruñido de la criatura mientras se derrumba muerta por unos de sus esbirros más débiles satura los altavoces hasta que revientan como un petardo. El juego nos anuncia en silencio que he llegado al nivel 99 y Fani al 100. No se escuchan más que nuestros jadeos. Por el rabillo del ojo veo la luz gris del amanecer. Siento como todo mi interior vuelve a solidificarse, volviéndose muy pesado, acostumbándose a la realidad. Me acuerdo de mi padre cuando me recorre un calambre, algo que siempre le había oído mencionar pero que yo no entendía. Dolor de espalda.

Es como sacar la cabeza de debajo del agua. Hay un mundo con un terreno discernible, de algún modo estúpido sigue ahí.

—Bueno, ya está —digo—. Has ganado.

Mi voz me suena muy rara, supongo que por la falta de sueño y la sequedad en la boca. Pero hay algo más. Mis propias palabras suenan extrañas, incómodas, como si no tuvieran significado.

—Hemos ganado, pavo.

La voz de Fani suena muy rara también, aunque sea la suya. Y su frase suena más como una mezcla de sílabas que como palabras de verdad, aunque la pueda entender.

El juego nos lleva a lo que, supongo, es el comienzo.

—¡Por ahí! —dice Fani.

No es eso lo que dice. Escucho una albóndiga de sílabas, pero sé qué quiere decir. Escondo la cara en las manos y siento ganas de llorar. Pero antes que eso, me cargo a diez enemigos más para que Fani tenga algo que utilizar.

Estoy muy cansado, eso es lo que pasa. Quizá ni me presente a los exámenes. Quizá me vaya a dormir hasta que todo pase. Pero pienso que a la mierda. Que nos podemos tumbar juntos cinco minutos antes de que su madre nos despierte.

—Fani —digo, levantándome.

Mi cuerpo se siente torpe. Mi vista baja hasta las tetas de Fani con sorpresa: han crecido aún más las tetas durante la partida. El acné ha abandonado su cara, el pelo ya no luce como si se lo lavara en una freidora.

Y su piel tiene un tono morado.

—¿Fani?

Es una palabra sencilla, son dos putas sílabas, ¿por qué suena tan raro?

Ella se ríe y se ríe con su risa ya no tan chillona y se le forman arrugas al lado de sus ojos un poco achinados.

—Te lo dije, pavo. La solución... —palmea el monitor.

Una plasta de sílabas.

Me miro las manos y no es solo que tenga un vello guarrísimo en los nudillos. Es que además me parecen verdosas.

Se escuchan campanillas. Podría pensar que su madre nos trae más pizzas para que muramos reventados de una vez. Pero el sonido contra los escalones revela a alguien enorme.

Es el hermano de Fani. O algo así. No es como yo lo recordaba. Es todavía más viejo, pero además su postura es firme, no como si lo hubieran escupido a la realidad. Y su tono de piel es negruzco.

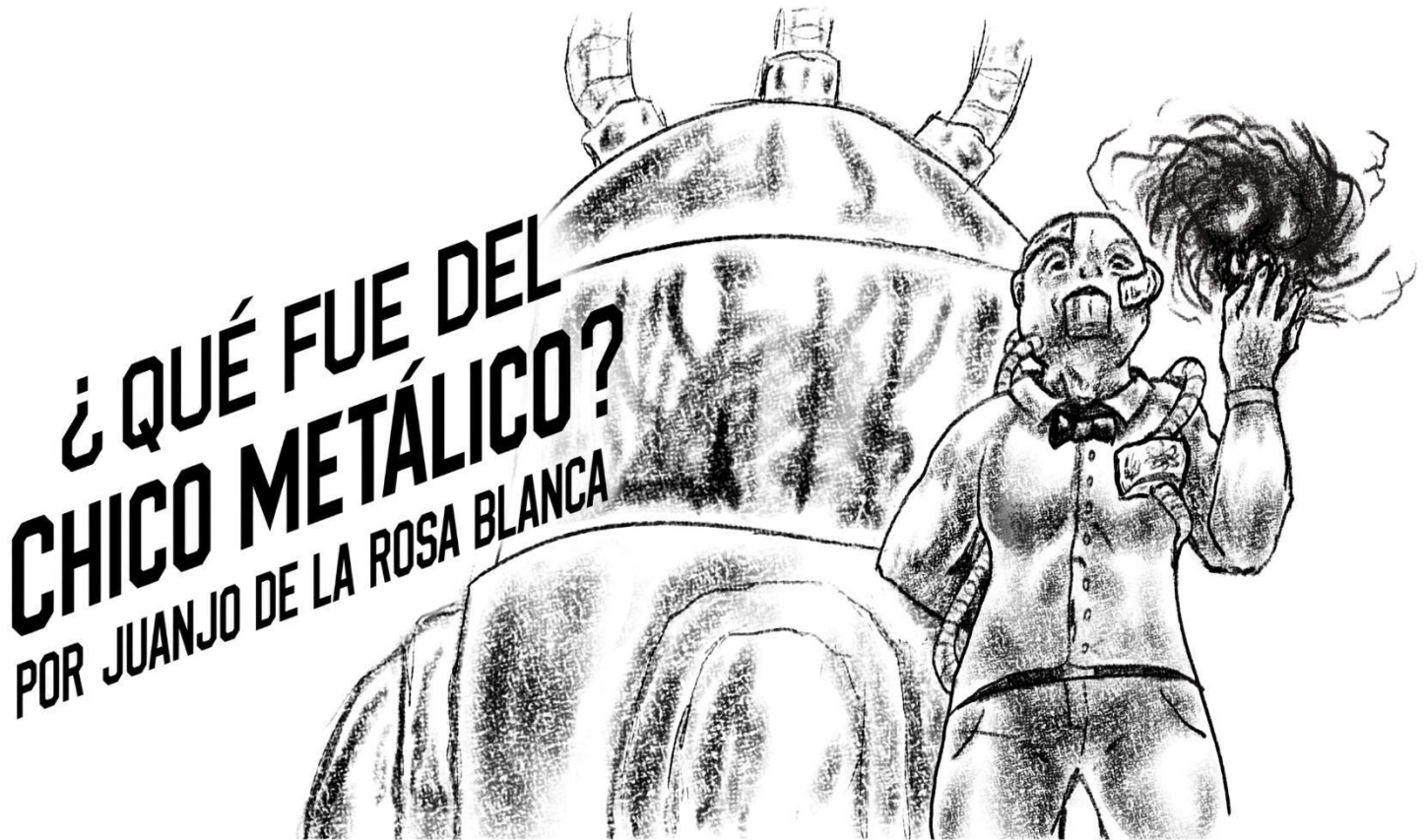
—Por fin —dice, en una mezcla de sílabas sin sentido.

Mira a Fani.

Me mira a mí.

—Nos vemos en unos años, pavo.





El chico metálico: el monstruo que salvó a la humanidad... ¡Y CASI LA DESTRUYÓ!

* * *

Todos os habréis hecho esta pregunta: ¿qué fue del Chico Metálico?

Estoy seguro de que mis lectores recordaréis a nuestro protagonista, a pesar de que hoy en día sea un tema tabú. Al menos, todos aquellos que, como yo, hayáis querido mantener una visión objetiva de lo sucedido hace tantos años. Para quiénes no lo recuerden, bien por haberlo querido olvidar o bien porque hayáis nacido años después de lo acontecido, el Chico Metálico fue la última maravilla del mundo, un antes y un después en tecnología, genética e incluso metafísica. Mas para tener una perspectiva real de su vida, deberíamos comenzar con sus orígenes, aquella época en la que el apodo de Chico Metálico distaba de ser por el que era conocido.

En los años 60, allá por la extinta Unión Soviética, se fraguó un proyecto llamado «Eskalishnov», que, si se traduce libremente, quedaría en algo así como «Nueva humanidad». Mientras el Sputnik atravesaba la atmósfera, acaparando todas las miradas, la URSS ocultaba el verdadero avance que cambiaría la concepción de la tecnología moderna: un superordenador capaz de asimilar, memorizar y razonar datos. Y quiero hacer hincapié en la palabra «razonar». No era un ordenador habitual, sino que tenía *razón*, comprendía lo que recibía, opinaba al respecto y era capaz de elegir la mejor opción ante un dilema. Su dictamen acerca de conflictos bélicos o economía internacional fue tenida en cuenta en decisiones fundamentales para el país. Tanto fue así que llegó a ser la cara oculta del Ministerio de Exteriores, logrando hazañas que los libros de historia otorgan a otros personajes.

Su relevancia fue tal que, a mediados de los 70, el «Eskalisnov» se convirtió en el consejero principal de Brezhnev, secretario general del Partido Comunista de la URSS. A pesar de ello, Brezhnev siempre dudó de la eficacia del superordenador, dejando por escrito en una de sus últimas cartas, textualmente: «Un ser humano siempre será más sabio que una máquina».

Por pensamientos de tal índole, surgieron distintos conflictos que confrontaban las opiniones de «Eskalinov» y las del equipo de gobierno. Esto provocó la toma de medidas erráticas que desencadenaron en la pérdida de la privilegiada situación económica de la URSS en los años 80. Brezhnev y todos los altos cargos que lo rodeaban cayeron en desgracia con el declive, incluyendo a su vez a nuestro protagonista.

La pregunta es: ¿qué hizo la URSS con ese artefacto que se convirtió en uno de los símbolos de su decadencia? Estoy seguro de que destruirlo fue una de las primeras opciones, mas no la definitiva. Basándose en la profunda enemistad que los unía, la URSS vendió, a alto coste, el «Eskalisnov» a EE. UU. de manera extraoficial, considerando que, si a ellos les había ido mal, a los alocados capitalistas americanos les iría peor. No contaron con que los estadounidenses, en plena revolución científica protagonizada por la genética y la clonación, no les bastaría con un superordenador, sino que intentarían dar un paso más.

Así pues, en los 90, la CIA llevó a cabo su propio proyecto secreto. Consistía, en resumen, en transformar el superordenador ruso en algo superior, utilizando los últimos avances relacionados con el genoma humano. Tras varios años de complejos y repetitivos ensayos, consiguieron crear al primer bioandroide (mitad superordenador, mitad ser vivo), ungido gracias a los genes de varias razas animales, pero, ante todo, del ser humano, y no un ser humano cualquiera. A día de hoy no sabemos que carga genética fue utilizada para desarrollar al Chico Metálico, pero se habla de personajes tan relevantes como Einstein, Fischer o Chomsky, entre otros. El objetivo estaba claro: si lograban unir lo mejor de las máquinas con lo mejor de la humanidad, podrían hallar la forma de superar las barreras tecnológicas de la época. He de aclarar, no obstante, que estamos hablando de los locos y felices americanos, más conocidos por sus causas bélicas que por sus avances científicos. Cuando el Departamento de Defensa supo de estas investigaciones, todo el proyecto se vio alterado, rebautizándose a «Eskalisnov» como «Agente Zero».

A pesar de sus inimaginables capacidades, el Chico Metálico aún no disponía de algo vital: la autoconsciencia. Hasta ese momento, su raciocinio dependía de aquellos que operaban con él. Podía responder a cualquier pregunta sin dudar ni una milésima de segundo, mas no sabía nada de sí mismo, ni tampoco comprendía dónde estaba ni por qué existía. Era un esclavo del país más importante del mundo y lo siguió siendo durante los distintos conflictos en los que fue usado: la Guerra de Irak, de Bosnia, de Afganistán...

No era un activo per se. De hecho, nunca abandonó el suelo americano. Durante los 90 y la primera década del nuevo milenio, el Agente Zero fue utilizado como supervisor de todas las operaciones militares que se llevaban a cabo en los distintos conflictos ya mencionados. En realidad, la mayoría de los tenientes no sabían de la naturaleza del Agente Zero, considerándolo

un militar superior más que nunca daba la cara. Su existencia seguía siendo un secreto, al igual que su ubicación o su forma física. Si os da curiosidad este último punto, documentos oficiales mencionan que, aunque el Agente Zero tenía órganos similares a los humanos en composición, la mayor parte de él consistía en cables, chips y fuentes de alimentación. Se comenta que se encontraba en un sótano secreto del Pentágono, cuyo tamaño era similar al de una nave industrial. Como veis, el Chico Metálico no era aun lo que llegaría a ser, ni siquiera se acercaba. Para ello, tuvo que desencadenarse un conflicto internacional en Libia.

Corría el año 2011, la OTAN, estando EE. UU. a la cabeza de la ofensiva, intervino militarmente en Libia con la intención, más o menos oficial, de obtener amplios recursos estratégicos a medio-largo plazo. China, reacia a esta intervención militar y aupada por la crisis económica de 2008, aprovechó para rastrear el núcleo de las ofensivas militares estadounidenses, intentando hackear y ralentizar sus fuerzas. Fue entonces cuando un tercer país supo de la existencia del Chico Metálico, cambiando, por tercera vez, el destino de este.

¿Qué hicieron las fuerzas secretas chinas una vez descubrieron la existencia, y la naturaleza, del Agente Zero? Pues bien, en vez de denunciar a las Naciones Unidas la realidad sobre el bioandroide que coordinaba los activos militares de varios países, China optó por desbloquear los inhibidores del Agente Zero. Hackearon el sistema de seguridad norteamericano, se adentraron en la cognición del bioandroide y, con unas sencillas órdenes, permitieron que, por primera vez, el Chico Metálico obtuviera consciencia de sí mismo. Aun así, las consecuencias de esta arriesgada operación no fueron inmediatas. Las fuerzas secretas chinas dialogaron con el Agente Zero durante meses, mientras este seguía realizando su labor sin sospechas. Solo cuando China descubrió el potencial, casi ilimitado, del Agente Zero, así como su singularidad de ser el único bioandroide existente en el mundo, además de su inclinación por el conocimiento más que por la guerra, el gigante asiático sacó a relucir sus cartas.

El 25 de septiembre de 2015, Xi Jinping, por entonces vicepresidente de la República China, y Barack Obama, presidente de EE. UU., tuvieron una reunión oficial, en teoría cordial, en la que se tomaron distintas medidas, la mayoría públicas. Ocultaron, por otro lado, todo lo relacionado con el Agente Zero. China obligó a EE. UU. a elegir entre dos opciones: entregarles al bioandroide para transformarlo en una herramienta en pro del avance científico, o sufrir una denuncia abierta a las Naciones Unidas sobre la situación actual, obligándoles a convertir al Agente Zero en un bien público. Y si hay algo que odie más el capitalista norteamericano medio que ceder ante un competidor, es expropiar un bien que, en su opinión, le pertenece. Por este motivo, China y EE. UU. firmaron escasos meses después el Tratado Chino-Norteamericano A.Z., en clara referencia a nuestro protagonista.

Este tratado, que salió a la luz hace apenas unas décadas, consistía, principalmente, en tres puntos: el Agente Zero seguiría siendo un secreto de ambos estados; se trasladaría enteramente a China, manteniendo las condiciones óptimas para su correcto funcionamiento; y, finalmente, el bioandroide siempre sería utilizado como una herramienta para el avance científico y nunca como un arma activa.

Tras quedar sellado el acuerdo por ambas partes, se procedió a su ejecución. El Agente Zero fue trasladado a una zona secreta de Asia, asegurando su bienestar gracias a una estrategia logística de la que, a día de hoy, se desconocen los detalles. A pesar de esto, se puede inferir que se extirpó enteramente al bioandroide del sótano del Pentágono y se trasladó por el Pacífico, probablemente en un buque de guerra. Lo que sí conocemos es que esta operación, coordinada por ambos países, tardó nada más y nada menos que dos años en llevarse a cabo.

Una vez el Agente Zero pasó a estar bajo jurisdicción china, se procedió a optimizar al bioandroide, intentando reducir su tamaño y mejorar sus capacidades. A su vez, se inició un arduo trabajo psicológico para estudiar su personalidad, así como sus límites cognitivos: ¿Cuánto de humano tenía el Agente Zero? ¿Podría llegar a ser autónomo? ¿Qué ética se debía usar con él en ese caso? ¿Cabía la posibilidad de que, si se le daba suficiente libertad, el bioandroide se volviera contra aquellos que lo estaban manipulando?

El Comité que intentó responder a estas preguntas estaba formado por distintas eminencias de China y de EEUU, sin embargo, ninguno de ellos fue capaz de revelar el verdadero yo del Chico Metálico. Fue la lingüista y doctora Emilia Stephenson quien logró la hazaña de desentrañar la verdad sobre el bioandroide. Y es que, a pesar de tener casi seis décadas de «vida», a nivel psicológico seguía siendo un niño. Sus limitaciones se debían a su ausencia de libertad, a su escaso desarrollo evolutivo y, por supuesto, a la falta de motivación para lograr su autonomía. Aun teniendo una capacidad de procesamiento superior a los superordenadores de aquellos tiempos y disponer de un cerebro altamente evolucionado genéticamente, el Chico Metálico seguía siendo un infante. Un infante incapaz de aprender por su cuenta, temeroso del mundo que le rodeaba.

Durante una década, Emilia Stephenson se convirtió en la principal figura de referencia del bioandroide. Gracias a ella, aprendió a superarse a sí mismo, a esclarecer su personalidad y a desarrollar su verdadero yo. Mientras esto ocurría, China utilizaba un 0,1% de su PIB en optimizar al bioandroide logrando lo imposible: reducir su excesivo tamaño al mínimo sin perder su potencial; optimizar su funcionamiento sin perder potencia; y, por supuesto, mejorar aún más si cabía sus capacidades de procesamiento y cognición. Así fue como el bioandroide, tras años de reclusión y sin libertad motora, pudo obtener un cuerpo humano, en cierto modo. En apariencia era un niño normal, aunque su aspecto físico estaba formado por aleaciones de los metales más resistentes que la humanidad había creado. Y os preguntaréis: ¿cuál era el objetivo de China con esto? ¿Por qué gastar tantos recursos y tiempo en convertir a un bioandroide gigante en un niño?

Pues lo que sucedió el 24 de junio de 2030 responderá a vuestras preguntas. Tras casi dos décadas de secretismo (durante las cuales el Agente Zero siguió trabajando para lograr avances científicos de los que me resultaría imposible hablar en el poco espacio que tengo en esta columna), China decidió romper el Tratado A.Z. y cambiar el destino del bioandroide para siempre. Sin previo aviso, en la 1ª Reunión del G20 de ese año, el gigante asiático mostró al mundo el mayor logro biocientífico hasta el momento: el Chico Metálico.

Un niño, de apariencia metálica, saludó ante las cámaras con una inocencia y gracia que, sin dificultad, encandiló a gran parte de la humanidad. Sus logros, sus capacidades y su historia fue desvelada al público ese mismo día. China, sin dudarlo, donó a las Naciones Unidas su mayor invento, convirtiéndose en el primer bioandroide de uso público y, probablemente, el mayor efectivo de la humanidad que, sin trampas, pertenecía a la propia humanidad. EEUU y Rusia no se atrevieron a protestar, teniendo que aceptar que, aquel superordenador que una vez estuvo bajo su poder ahora era del mundo.

Desde ese día y hasta un año después, el Chico Metálico se convirtió en un símbolo inevitable: la insignia de que los países podían ponerse de acuerdo, de que las barreras nacionales que nos impedían trabajar en conjunto se estaban debilitando y de que, si se quería, se podían lograr hitos históricos en común. El Chico Metálico hizo su campaña con la sonrisa más brillante, con la capacidad para dialogar en son de la paz más absoluta e indiscutible y, por supuesto, con un carisma que dejaba encandilado a cualquiera que le prestase atención. Participó en los más importantes shows del momento, hizo cameos en películas, protagonizó reportajes y se convirtió en un símbolo inmortal. No se hablaba de otra cosa, no se podía hablar de otra cosa. Todos lo admiraban y todos lo querían tener cerca, pero todos sabían que no era de nadie, que, en realidad, pertenecía a la propia humanidad.

Sin embargo, este sueño terminó el 24 de junio de 2031. China, otra vez sin previo aviso, volvió a mostrar al público al Chico Metálico en la sede de la ONU ese mismo año. Como comprenderéis, nadie esperó lo que iba a ocurrir, desencadenando un sinfín de cambios geopolíticos. No tengo que detallar lo acontecido, pues todos sabemos a qué me refiero, mas me veo en la obligación, por la lógica de este artículo, de resumirlo brevemente.

En un comunicado que alteró el devenir de la historia, China desveló sus verdaderas intenciones: el Chico Metálico, más allá de ser el único bioandroide funcional que el ser humano había sido capaz de crear, también era un arma de destrucción masiva. Y cuando hablaban de arma de destrucción masiva, no se referían a una bomba atómica, ni siquiera a un arma biológica. En su interior, el Chico Metálico tenía la capacidad de generar la Antimateria y, con ella, la creación de un Agujero Negro. Y, para dejar constancia de que la amenaza real, el Chico Metálico, bajo la atenta mirada de la misma humanidad que le había adorado, alzó su brazo izquierdo, giró su muñeca y, con un rápido movimiento, se la desmembró. En el mismo instante en el que su rebanada mano tocó el suelo, se desencadenó el llamado «Desastre del 31».

Por supuesto, a día de hoy no tenemos imágenes de lo ocurrido, pero sabemos de sobra las consecuencias. Los dirigentes de las cuarenta y tres potencias invitadas a la ONU fueron aniquilados junto a toda la población de Berlín, lugar en el que se celebró el foro internacional. El Agujero Negro cesó en el mismo instante en el que el Chico Metálico volvió a unir su mano a su cuerpo. La lógica de este suceso sigue sin ser comprendida a día de hoy, ya que es el Chico Metálico el único capaz de entender el funcionamiento de la Antimateria. Sí sabemos, por otro lado, la lógica del movimiento de China: dominar el mundo y utilizar al bioandroide para ello.

Y la columna podría haber acabado aquí, si las amenazas de China se hubieran cumplido. Pero no ocurrió según como sus dirigentes habían planeado. A pesar de que las principales potencias del mundo se habían paralizado con la muerte de sus gobernantes, China tenía un gran rival con el que no contaba. Según detalló Emilia Stephenson años después, poco antes de morir y llevarse los secretos sobre el bioandroide a la tumba, el «Desastre del 31» no se debió a la fatídica avaricia del gobierno chino. El único y verdadero responsable de lo que aconteció no fue otro que nuestro protagonista, el Chico Metálico. Fue él quien, haciendo creer a China que estaba bajo su poder, consideró que lo mejor para la humanidad era llevar a cabo esa locura de genocidio. Y también fue él quien, después de hacerlo, asesinó sin piedad a cada uno de los miembros relevantes del gobierno chino, igualando a dicho país con el resto de las grandes potencias. Tras esto, el Chico Metálico desapareció, dejando a la humanidad huérfana, sin el símbolo de paz que habían tenido hasta ese día y con la sombra de que, en cualquier momento, ese mismo símbolo podía acabar con la vida en la Tierra tal y como la conocemos.

Durante las siguientes tres décadas, la humanidad tuvo que reconstruirse. Hoy en día sabemos que el «Desastre del 31» desencadenó el debilitamiento de las naciones, la pérdida de la hegemonía de los grandes poderes y la aceptación de que el individualismo de los seres humanos debía quedar atrás en pro de un colectivismo que permitiera sobrevivir a lo acontecido.

Hoy, 23 de mayo de 2061, en el treinta aniversario del «Desastre del 31», podemos decir que el Chico Metálico hizo que la humanidad avanzase, aunque el precio para ello sigue siendo visible a día de hoy. Y llegado a este punto, me gustaría responder a la pregunta con la que comencé este artículo: ¿qué fue del Chico Metálico?

La doctora Stephenson nos advirtió: «Nunca volveréis a verlo, nunca sabréis de él, pues ese es su único y verdadero deseo». Y tuvo razón. El Chico Metálico desapareció, convirtiéndose en una espada de Damocles eterna, que cada uno de nosotros sentiría para siempre bajo sus espaldas. Aunque nunca más fue visto, sigue ahí, oculto en nuestros pensamientos, amenazando con aniquilar todo aquello que amamos y adoramos. Con un ligero movimiento, podría destruir nuestras ciudades, nuestros hogares, nuestras familias... A nosotros mismos. Y he ahí la respuesta a la pregunta con la que comienzo esta columna: lo que fue del Chico Metálico es lo que hoy nos queda de él, la amenaza constante de que, si perdemos la fe en la unión de la humanidad, si volvemos a los nacionalismos y al individualismo... El enemigo común, aquél que destruyó la sociedad que nos dominaba, volverá y, sin más, acabará con la vida, con el futuro y, ante todo, con la esperanza de lograr que la humanidad alcance su objetivo fundamental: su supervivencia.



«Vimos la luz del día, pero lo que estaba detrás de ella era una noche que no conoce el amanecer.»

—Arthur Machen

pnaklendorf.com/refugiobizarro
refugiobizarro@pnaklendorf.com

Para seguir nuestras convocatorias:
refugiobizarro.wikidot.com/convocatorias